

REVISTA EUROPEA

NÚM. 293.

5 DE OCTUBRE DE 1879.

AÑO VI.

LAS ENFERMEDADES DEL ESPÍRITU

SEGUN M. MAUDSLEY (1)

Entre los problemas que se ofrecen al médico, el más difícil é importante es la locura. Pero no es solamente el médico quien puede y debe consagrarse á estudio tan doloroso á la vez que interesante; el legislador, el magistrado, el moralista, no pueden mostrarse indiferentes respecto á una cuestion que tan de cerca afecta á los intereses de la sociedad y á las mismas bases del derecho penal. Es un estudio indispensable, sobre todo, á cuantos aspiran á ocuparse de los problemas psicológicos. Tan necesario es para el psicólogo el estudio de la enajenacion mental, como para el médico y el fisiólogo la observacion minuciosa de las enfermedades y la experimentacion. Si, como pretende cierta escuela, estuvieran prohibidas las vivisecciones, los progresos fisiológicos no podrian hacerse sino por la observacion minuciosa de las enfermedades, y los hechos patológicos vendrian á revelar, por el desorden funcional de los órganos, el juego normal de sus funciones. Cuando se trata del funcionamiento del cerebro, de ese mecanismo tan delicado y tan complejo, la experimentacion sobre los animales sólo puede darnos indicaciones generales y proveernos de sugerencias más bien que de resultados, mientras que por otra parte la observacion interna y la introspeccion son absolutamente insuficientes. Hasta aquí la patología cerebral y la enajenacion constituyen todavía los mejores procedimientos que poseemos para llegar á conocer el mecanismo íntimo del pensamiento y de la sensacion. Estos nos dejan penetrar hasta las profundidades del alma humana, que escapan á la conciencia misma, é iluminan con rápidos resplandores el trabajo cerebral, misterioso y subterráneo, del que no vemos más que los productos.

(1) «Pathology of mind», Lóndres, Macmillan y compañía.

Pero habitualmente el psicólogo no está apénas preparado por sus estudios anteriores y por su direccion de espíritu para comprender lo que es la locura, y formarse de ella una idea clara. Para la mayor parte de los hombres, en efecto, la locura es algo extraño y anormal, una enfermedad separada en el vasto campo de las enfermedades humanas, y no hay que asombrarse demasiado de esta creencia, puesto que aún participan de ella cierto número de médicos, y la escuela espiritualista cuenta todavía con adictos á la fórmula de Heinroth: la enajenacion es una enfermedad del alma. Y sin embargo, no es preciso cansarse de repetirlo, el cerebro es un órgano como los demas, susceptible de las mismas degeneraciones, expuesto á iguales lesiones, y los desórdenes funcionales de la sustancia cortical enferma, como el delirio ó un acceso de manía, no tienen nada de más asombroso y sobrenatural que una parálisis despues de la seccion de un nervio, ó los vómitos en un cáncer del estómago.

Si esta opinion es verdadera, y es la que se adopta hoy por la mayoría de los médicos alienistas, por la escuela llamada *somática*, no bastará, para estudiar la locura, observar los fenómenos que presentan los enajenados, notar sus concepciones delirantes y seguir atentamente su marcha, sino que será preciso conocer á fondo la estructura y el funcionamiento del cerebro, cómo se alimenta y cómo circula en él la sangre; saber lo que es un nervio y una célula nerviosa, cómo se halla todo en el organismo, y que no hay en el cuerpo un órgano ó un tejido que no sea ó no pueda ser, en un momento dado, solidario de los demas órganos y tejidos; este estudio no puede hacerse sino teniendo ya nociones precisas de anatomía y fisiología, y sabiendo lo que es un sér viviente. Pero estas nociones no deben ser adquiridas de segunda mano y en los libros; es necesario haber estudiado por sí mismo, haber manejado el escalpelo, haber visto, haber tocado, haber sentido, haber hecho experimentos, haber comprendido sobre el vivo el mecanismo de los órganos en accion, haber presenciado los accesos de un maniaco, haber conversado con enajenados delirantes; en una pala-

bra, haber frecuentado los anfiteatros, los laboratorios, los asilos, no como aficionado, sino como estudiante formal. Entónces, solamente entónces tendrá derecho el psicólogo de hacer la verdadera psicología, es decir, la fisiología cerebral.

¿Quiere decir esto que no se pueda ser psicólogo sin ser médico? No, indudablemente; pero hay un número de conocimientos fisiológicos y médicos que le son indispensables, y sin los cuales todas sus investigaciones, cualquiera que sea su inteligencia, carecerán de base sólida. Descartes, á quien nuestros filósofos citan tanto y tan poco imitan, no obraba de otro modo; era tan buen fisiólogo como se podía ser en su tiempo; fué uno de los primeros en adoptar la circulación de la sangre de Harvey; hizo vivisecciones, y para no citar más que un ejemplo, comprobó la celeridad de los latidos del corazón bajo la influencia del calor. Pero en el día, nuestros filósofos, con algunas raras excepciones entre los jóvenes, conservan aún el magnífico desden de la escuela de Cousin respecto á la observación y la experiencia.

Uno de los más ilustres representantes de la escuela espiritualista, M. Janet, ¿no ha escrito un libro sobre *el cerebro y el pensamiento*, sin otra cosa del cerebro que las planchas de Ludovico Hirschfeld y la *demonstración* de un cerebro por uno de sus amigos, operación de las más delicadas, añade, y espectáculo de los más interesantes? Es preciso que los filósofos tomen su partido; si no quieren relegarse á las investigaciones puramente históricas, es preciso que rompan definitivamente con las viejas rutinas, que pongan manos á la obra resueltamente, y que abandonen *con frecuencia* la artificial atmósfera del gabinete de estudio por lo que ellos llaman horrores del anfiteatro y del laboratorio; que vivan un poco menos en los libros y algo más en la realidad. En vez de absorberse en la contemplación estéril de sus propios pensamientos, deben llevar toda la energía de su actividad mental á los fenómenos muy distintamente interesantes de la naturaleza y de la vida. De este modo encontrarán la solución de muchos problemas.

Si los libros no pueden reemplazar á la observación personal y directa, no por eso dejan de constituir, cuando están bien hechos, guías útiles y hasta indispensables.

Bajo tal punto de vista, la obra de M. Maudsley, la *Patología del espíritu*, prestará innegables servicios á todas las perso-

nas que se ocupan de las cuestiones psicológicas; está escrita principalmente para los médicos, como lo revela la tendencia práctica que sus páginas acusan, pero puede ser leída con provecho por todo el mundo; y nos atrevemos á añadir que su lectura—cosa bastante rara tratándose de libros especiales—es fácil para cualquier hombre de mediana instrucción. Por nuestra parte, hubiéramos preferido que M. Maudsley diese á su libro un giro más psicológico y menos médico; pero no se lo reprochamos, porque tal vez se le dirija el cargo opuesto por cierto número de médicos.

M. Maudsley empieza el estudio de la patología del espíritu por el sueño y los sueños, y esta marcha es la más lógica, porque son muchos los puntos de contacto entre los sueños y la locura.

Si se pusieran en acción la mayor parte de los sueños (admitiendo la posibilidad), se obtendría una serie de actos insensatos que harían encerrar inmediatamente á su autor en un asilo de dementes. En los dos casos, la voluntad, en su más alta acepción, es decir, el registro de las operaciones mentales, está menguada ó abolida; las ideas más raras y absurdas se producen sin que la reflexión venga á corregirlas; los sucesos más extraños y más inverosímiles son aceptados sin la menor sorpresa, y como la cosa más natural del mundo; en los dos casos, el desfallecimiento de la conciencia, la disminución ó la pérdida parcial de la identidad personal, revelan una suspensión de los lazos de la actividad funcional de los centros cerebrales superiores. Las condiciones de aparición de los dos estados, las causas que los determinan, los caracteres que presentan, prueban su parecido y su analogía; en fin, en ciertos casos, y los ejemplos son bastante numerosos, los sueños pueden convertirse en delirios; la locura no es más que la continuación de los sueños, los sueños fijos y permanentes.

No seguiremos á M. Maudsley en su estudio de los caracteres mentales de los sueños; nos limitaremos á señalar un punto sobre el que particularmente insiste, y que se relaciona estrechamente entre las ideas ya emitidas en la *Fisiología del espíritu*.

Se ha dicho algunas veces que en los sueños perdemos la facultad de asociar las ideas; pero esta opinión no es verdadera sino añadiéndole esta restricción, como lo hacemos en el estado de vigilia y en las condiciones ordinarias.

Hay, efectivamente, en los sueños, contra la opinion corriente, un singular poder de asociar y combinar las ideas en las más variadas escenas dramáticas. Creeríase que las ideas tienen, como las sustancias químicas, una tendencia natural á combinarse; hay en el espíritu, en las profundidades mentales subyacentes á la conciencia y á la voluntad, una especie de *poder plástico* que no es otra cosa que la imaginacion, poder plástico que tiene su raíz en la memoria, y no es en suma más que la funcion orgánica primordial de los centros cerebrales superiores, comparable á la actividad orgánica de la célula.

Nuestros sueños tienen por condicion necesaria las experiencias y las observaciones mentales antecedentes; el niño recién nacido no tiene sueños probablemente. Por lo comun, sobre todo en las personas nerviosas, son determinados por los sucesos del dia, por un incidente insignificante algunas veces. En otras, son acontecimientos ya lejanos, recuerdos de nuestra infancia, ó bien hechos y personas de que ni el recuerdo tenemos en estado de vigilia. En ciertos casos, y esto arroja luz sobre ciertas formas de enajenacion mental, los sueños son determinados, no por un hecho, sino por un sentimiento, terror, miedo, tristeza, etc., experimentado durante el dia, y que llega á ser la causa ocasional de imágenes, de escenas, de apariciones creadas por el poder orgánico del espíritu para corresponder al sentimiento experimentado. El punto de partida de los sueños puede encontrarse hasta en las impresiones sensitivas, ya provengan de los sentidos especiales, ya de los órganos de la vida vegetativa.

Todo el mundo conoce por experiencia las pesadillas causadas por una digestion penosa; los sueños debidos á los desórdenes de la actividad funcional del corazon y de la respiracion; pero los más interesantes en esta categoría son los sueños determinados por los órganos reproductores, sueños frecuentes en la pubertad, y que, constituyendo un hecho muy curioso bajo el punto de vista psicológico, pueden producirse ante toda experiencia personal y aún ante todo conocimiento del modo de actividad funcional de los órganos generadores.

Las experiencias de Braid sobre los estados mentales sugeridos por la actitud dada á los miembros en el sonambulismo provocado pueden servir para explicar ciertos sueños que tienen origen en la posicion de los miembros durante el sueño.

La ligereza de los movimientos, el levantamiento de tierra, la sensacion de volar por el espacio que se experimenta algunas veces en los sueños, recuerdan singularmente las alucinaciones motrices de San Felipe de Neri y de Santa Cristina. Por último, es preciso atribuir un papel importante á la circulacion cerebral, á la calidad y á la composicion de la sangre y al funcionamiento mismo del sistema nervioso.

El estudio de los sueños, dice M. Maudsley, está muy descuidado en general por los psicólogos y los médicos; y como consejo práctico, añade que un hombre prudente podría tomar sus sueños como una especie de termómetro de su estado de salud.

Con el hipnalismo, el sonambulismo natural ó provocado, el extásis y los estados análogos, se da un paso hacia la locura. La falta de continuidad, el desacuerdo entre los diversos centros nerviosos, se encuentran en tales estados con más claridad que en los sueños, y hay algunos de aquéllos, como el espiritismo moderno, por ejemplo, que se acercan mucho á la locura.

Ese amor á lo maravilloso y á lo sobrenatural, que es innato en ciertos espíritus, cuando no está contenido por la razon y rectificado por una educacion severa, hace de esos desgraciados cándidos la fácil presa de todos los impostores de alta y baja esfera, y los fervientes adeptos del mesmerismo, del espiritismo y *tutti quanti*. Inútil es discutir con ellos; tienen fe: han visto, han tocado, han entendido, rehusan hasta someter sus maravillosas manifestaciones al juicio y á la investigacion de un escéptico; porque basta un escéptico para hacer que todo falte. Muy sensible es, en verdad, para todos los milagros que siempre se produzcan en presencia de los que ya tienen fe, y nunca en presencia de los incrédulos, que tendrían necesidad de ser convertidos.

El capítulo más importante de la obra de M. Maudsley es sin disputa el que trata de las causas de la locura. Las páginas que el autor consagra á esta cuestion, merecen ser leídas y meditadas por todos los que se interesan en el desarrollo mental del individuo y de la humanidad.

Las causas de la locura, tales como son presentadas en la mayor parte de los tratados especiales, son tan vagas y tan generales, que es casi imposible sacar algo de ellas cuando uno se encuentra ante un caso determinado.

En la producción de la locura entra, en efecto, tal complejidad de condiciones, que se tropieza con dificultades insuperables cuando se quiere hacer de ellas un análisis completo y racional. ¿Por qué, de dos hombres sometidos á una misma conmoción moral, el uno se ve atacado de enajenación, y el otro no? Si conociéramos con exactitud toda la vida anterior del individuo y de sus antepasados, veríamos que la locura es la resultancia inevitable de hechos anteriores, que los gérmenes existían en estado latente, que todo estaba preparado de antemano, y que la conmoción moral no había sido más que la chispa que determinó la explosión.

Para comprender mejor las causas de la enajenación mental, es necesario determinar las condiciones que hacen al hombre ser lo que es; y estas condiciones son, por una parte, la herencia, y por otra, la educación y el centro en que el individuo se ha encontrado desde su nacimiento.

Lo que la herencia influye sabido es de todo el mundo. En lo más profundo de nuestro corazón, dice M. Maudsley, sentimos instintivamente que hemos sido predestinados á ser lo que somos, y que habiendo sido lo que fueron las condiciones antecedentes, no podemos ser de otro modo. El presente se deriva del pasado por las leyes regulares del desarrollo ó de la degeneración. Imposible sería, por más que hiciéramos, escapar de tal tiranía de nuestra organización, por cruel y dolorosa que sea algunas veces; y esto es tan cierto bajo el punto de vista moral, como bajo el punto de vista físico. Idea que conviene considerar resueltamente y no olvidar nunca. Si sufrimos en nuestra organización las consecuencias de las faltas, de los vicios, de las enfermedades de los que nos han precedido, no debemos dejar de tener presente que nosotros precedemos á otros, y que á nuestra vez preparamos la organización de las generaciones futuras. No debemos olvidar que por una racional educación podemos hacer aparecer las aptitudes que poco á poco se fijarán por la herencia, y que llegarán poco á poco á hacerse permanentes; y que así podemos evitar á los que vengan después de nosotros una parte de los males que sufrimos.

BEAUNIS,

Profesor de fisiología en la Facultad
de medicina de Nancy.

(Concluirá.)

LEYES NATURALES ECONÓMICAS

DE

LA PROSPERIDAD Y DE LA JUSTICIA

(Continuación.)

RESPONSABILIDAD.

1. La responsabilidad es una ley que se manifiesta de muchas maneras en la economía social, bien que no en todas partes se haga efectiva, cual debiera, con igual rigor: se la ve claramente en la indemnización que la generalidad de las compañías de ferrocarriles deben á los viajeros, ó á los propietarios de mercancías, por los perjuicios accidentales que les causan; se la ve igualmente en el recurso que tiene expedito en muchas partes el vecino cuya casa ha sido incendiada contra el propietario de la casa que le ha comunicado el incendio, y este propietario contra el que tenía alquilado el cuarto por donde empezó el fuego; se la ve en la reclamación de cualquiera que haya sido herido en la calle por el caballo ó carruaje del que pasare, pudiéndosele atribuir el accidente; se la ve, en fin, en miles de circunstancias, traducidas por ese dicho vulgar: *quien rompe, paga*. Los tribunales de todas las jurisdicciones están aplicándola constantemente; así que se la puede considerar como la garantía permanente y universal de la libertad y de la propiedad.

La responsabilidad de cada uno garantiza la libertad y la propiedad de otro, y viceversa. Suprimamos esa garantía recíproca, y ya no habrá seguridad para nadie, y la libertad y la propiedad serán el blanco de toda suerte de ultrajes. Á nadie se le ocurrirá suprimirla; pero no á todos se les ocurre asegurarla en todo caso. Siempre se ha comprendido suficientemente bien la responsabilidad de un individuo respecto á otro individuo; pero si se trata, no ya de simples ciudadanos, sino de agentes de la autoridad, de militares, de clérigos, de magistrados, de ministros, de legisladores, de soberanos sobre todo, se la comprende muy mal; y si se trata de lo que se llama el Estado ó la sociedad, no se la comprende de ningún modo. Sin embargo, la responsabilidad es necesaria en todo caso, puesto que en todos garantiza la

libertad y la propiedad, y es preciso reconocerla tanto más necesaria, cuanto es mayor, en los que la deben, el poder para atentar contra la libertad ó la propiedad de otro, y más débil aquel á quien es debida.

¿En qué consiste esa diversidad de la opinion respecto al principio de responsabilidad? En que es más fácil constreñir á los débiles que á los fuertes; y por consiguiente, más fácil someter los débiles que los fuertes á la responsabilidad, de la cual no debiera poder evadirse nadie; pero, como las masas no reconocen un principio sino por sus continuas aplicaciones, no pueden reconocer el de responsabilidad respecto á los fuertes. Hé ahí en lo que consiste esa diversidad de opinion que indicamos; y hé ahí por qué el hecho, el hecho puro y simple, el material, el brutal, tiene tanto imperio sobre las conciencias. ¿Qué pensador honrado rehusará admitir que, en principio, la responsabilidad debe ser igual para todos, puesto que la igualdad ante la necesidad que ella supone es el fundamento de toda legislacion? Sin embargo, lo cierto es que hay muy pocos que, debiendo pronunciar sobre semejantes cuestiones, sea como ministros del Estado, sea como administradores, como legisladores, ó como jueces, no se dejen llevar por el hábito de pensar que, en ciertos casos, el Estado puede disponer, sin dar cuenta á los interesados, de la libertad, de la propiedad, y aún de la vida de un gran número de miembros de la sociedad, que no deben tales servicios ni merecen ningun castigo. ¿Sucedería eso si el legislador fuera personal y efectivamente responsable ante aquellos á quienes confisca la libertad, la propiedad y la vida? Este ejemplo no es desgraciadamente el único, porque apenas hay industria que no tenga de qué quejarse, á causa de disposiciones legislativas análogas, contra los que las dictan.

Nos parece innecesario advertir, bien que tampoco esté de más el hacerlo, que para ser eficaz y real la responsabilidad, debe poderse invocar en todo caso por aquellos á quienes interesa, contra los que han incurrido en ella. El que no es responsable sino ante el Sér Supremo, ó su conciencia, como se dice de ciertas autoridades ó funcionarios públicos, no es realmente responsable; y cualquiera que no lo sea ante aquellos cuya libertad, propiedad ó vida ha perturbado, no lo es suficientemente.

La responsabilidad no siempre se desva-

nece cuando los que la deben no la sufren; recae muchas veces sobre otros. Es una verdad vulgar en la historia que la responsabilidad de los malos gobiernos recae siempre sobre los pueblos que los toleran. Los males que la miseria de Irlanda ha impuesto, no sólo á los irlandeses, sino también á los ciudadanos del Reino-Unido, y los que produjo la guerra civil de los Estados-Unidos de Norte-América, son dos terribles ejemplos que vienen en nuestro apoyo. La miseria de Irlanda tuvo evidentemente por causas principales las violencias, las expoliaciones y los reglamentos inicuos de que ha sido víctima ese desgraciado país durante siglos; y la guerra civil de los Estados-Unidos tuvo también por causa principal á su vez la esclavitud concentrada en los Estados del Sud. Tampoco es un misterio para nadie hoy que la responsabilidad de los errores del sistema protector recae al fin sobre los protegidos, de igual modo que sobre el resto de la sociedad.

La responsabilidad, cuando es debida, recae, en efecto, casi siempre sobre alguno; pero, aunque así no fuera alguna vez, no por eso dejaria de ser un mal el incurrir en ella, y no sufrirla, porque eso conduciría á la consecuencia deplorable de no excitar el interes de los actores en que no se reproduzca el mal. Si los legisladores fueran directamente responsables, por ejemplo, ante los individuos que mandan á la Armada, cuyos derechos violan, las legislaciones marítimas no serian posibles, ó por lo ménos habrian sido de corta duracion. Se nos dirá que no sería posible ninguna legislacion con semejante responsabilidad. Con semejante responsabilidad no habria nada imposible, sino las leyes de excepcion, esto es, las que carecen de las condiciones que constituyen la legitimidad de las leyes ante su propio juicio: la igualdad. En cuanto á las demas leyes, no darian lugar sino á esa responsabilidad que todo mandatario debe tener ante su mandante, y sabido es que ésta jamas ha impedido el ejercicio leal y regular de ningun mandante. ¿Qué sería de la sociedad si, para ejercer un mandato, todo mandatario fuera irresponsable? ¿Y sobre cuál fundamento sólido se apoya la opinion de que ciertos mandatos deben estar exentos de responsabilidad? Sabido es el origen de esta opinion, y eso basta para tenerla por sospechosa.

2. Podríamos decir que la responsabilidad no era otra cosa que una propiedad ne-

gativa, el Debe de todo sistema de contabilidad. Tiene, en efecto, ese carácter. Si por propiedad entendemos lo que es propio de cada uno, como la persona, las facultades y las obras, el mal que cada uno hace es su propiedad, puesto que es obra suya; pero como sólo el bien constituye una propiedad, real en el sentido económico de esta palabra, será la responsabilidad, puesto que pertenece á alguno, una propiedad negativa. En economía política, además, el mal que afecta á las fortunas se traduce por una pérdida, y una pérdida tiene el carácter de una propiedad que se lleva al Debe, á la propiedad negativa.

El mal que cualquiera hace le pertenece, pues, por el mismo título que el bien, que la riqueza; no basta por lo mismo que rechace su propiedad para que no se le atribuya. Es evidente que en el aislamiento, cualquiera que produce un mal, tiene que sufrirlo. ¿Por qué no ha de suceder igual cosa en la sociedad? Dicen muchos que para ser responsable es preciso haber tenido la intención de causar el mal; no, basta haberlo producido. Cuando no ha sido intencional de parte del autor, lo ha sido mucho menos sin duda alguna de parte de cualquiera otro; y si debe recaer sobre alguno (y debe recaer siempre sobre alguno, puesto que en otro caso no sería un mal), ha de ser preferentemente sobre el que lo causó. Sin ser mal intencionados podemos ser negligentes, imprudentes ó torpes, y no es justo que otro sufra nuestra negligencia, imprudencia ó torpeza; pero aún cuando no se causare un mal sino por desgracia, sería injusto que otro sufriera las consecuencias de esa desgracia. Sin intención se rompe cualquiera una pierna. ¿Quién pretendería, dado que fuera posible, que semejante mal lo sufriera otro, cuando ese otro no ha sido la causa, ni se ha expuesto á serlo siquiera? Sin responsabilidad del mal que uno hace, aunque sea involuntariamente, no habría bastante voluntad manifiesta de no hacerlo en cada uno, y la sociedad carecería de garantía contra los males de ese género, que son muchos. «Si no teneis propósito de hacer mal, decia á sus hijos un padre, haced propósito de no hacer mal.»

Y hé aquí que nos encontramos de nuevo ante el principio de igualdad que domina todas las relaciones de los hombres entre sí: á cada uno lo que le corresponda en bien ó en mal; hé ahí su fórmula general. Nadie querrá que el bien que ha producido pase á

otro, ni que el mal que viene á otro que le ha producido, se le atribuya á él, que no lo ha producido; y si alguno quisiera para los demás lo que no querría para sí, sería injusto. La atribución del mal á quien le ha causado, es, pues, justo.

Si el mal que cada uno causa recayera siempre, como en el aislamiento, sobre su autor solamente, jamás habría motivo para invocar la responsabilidad; pero sucede con el mal como con el bien: se hace para otro, como para sí mismo, en colaboración, ó solo; en fin, puede resultar de la división del trabajo, de igual modo que la riqueza, y puede dar ocasión á una verdadera distribución también; así, en efecto, se le distribuye entre todos aquellos sobre quienes debe recaer. Vemos continuos ejemplos en las cuestiones mercantiles, cuando las pérdidas, que son un mal, se distribuyen entre los asociados de igual manera que si fueran ganancias; vemos otros, con motivo de las quiebras, cuyas liquidaciones se traducen en distribución de dividendos de pérdidas á prorata entre los acreedores. Sucede también que algunas veces no puede hacerse de ese modo la distribución; en tal caso se procede como lo permiten las circunstancias. Si el mal consiste en males sufridos en camino de hierro, bajo la forma de avería, de herida, y hasta de muerte, se valúan los daños y se indemnizan á los que los han sufrido. La justicia consiste, pues, por lo que hace á la responsabilidad, en atribuirle como la propiedad; consiste, lo repetiremos, en atribuir á cada uno el mal que cada uno haya hecho, absolutamente como si se tratara de la riqueza.

El principio de responsabilidad es tan severo que muchas veces aparece como cruel; y en ciertos casos como inclinado á la injusticia, puesto que se presenta siempre imputando á los factores directos del mal responsabilidad que quizás se quisiera recayera sobre todos, teniendo en cuenta la solidaridad inevitable en el error y en la culpabilidad como en las consecuencias del mal; pero independientemente de que la consideración de la solidaridad de todos en las consecuencias del mal es ya una responsabilidad general, es preciso no olvidar que el principio de que se trata es susceptible de temperamentos. En primer lugar, desaparece en gran número de casos cuando el mal es causado por lo que se llama *fuera mayor*. En segundo lugar, se atenúa en general por espíritu de caridad, que suele ir más allá de lo que reclama la

verdadera garantía de la libertad y la propiedad. En fin, tenemos el sistema de seguros, para exonerar á las víctimas de un siniestro y hasta de un crimen del grande é inmerecido mal que sufrirían solas á no ser por ese sistema. Jamas se extenderá demasiado su aplicacion fecunda y reparadora, tanto más, cuanto que, suavizando la severidad del principio de la responsabilidad en ciertos casos, asegura su eficacia en otros, porque se halla confiado á compañías, generalmente muy poderosas y con agentes en todas partes, el cuidado de perseguir su aplicacion.

3. Los males que se imputan á la malevolencia son de la misma naturaleza que los otros; la intencion no añade nada á su intensidad. Cuando un criado nos rompe una cosa de algun precio, por ejemplo, háyalo hecho ó no intencionalmente, nuestra pérdida, el mal que nos ha producido, no es ni más ni ménos grande por eso. No queremos decir, sin embargo, que el hecho sea idéntico en ambos casos bajo el punto de vista moral, ni que deje de dar lugar á una cuestion de garantía para impedir la repeticion de actos semejantes; pero no puede dudarse que sea idéntico bajo el punto de vista del mal causado; y si el principio de la responsabilidad consiste, como creemos, en atribuir á cada uno el mal que haya causado, aquel criado no estará obligado en ninguno de los dos casos, respecto á su amo, sino á pagar el equivalente de lo que ha roto, dejando á salvo la accion de la sociedad para que tome medidas contra la repeticion del mal si hubiese sido intencional; y de ahí que podamos decir que las intenciones y las penas que les corresponden por la legislacion criminal, no tengan nada que ver con la justicia propiamente dicha. La justicia, en efecto, manda atribuir á cada uno lo que resulta de sus actos libres en bien y en mal; y como ni las intenciones ni las penas forman parte, ni entran para nada en los resultados de los actos libres, la justicia no tiene que hacer ninguna distribucion respecto á ellas: la práctica judicial comprueba esta doctrina; en general proporciona la pena al mal cometido, bien que no entienda castigar sino las intenciones. La ley del talion decia explícitamente: *ojo por ojo, diente por diente*. etc.; tal era el principio de penalidad en toda su sencillez, que ha sido modificado por muy poderosas razones; sin embargo, no podemos decir que haya sido destruido, porque las penas son aún en general proporcionadas al mal cometido. Además, ¿cómo se podrian

proporcionar las penas á las intenciones? ¿Cuál es el denominador comun entre esas dos cosas? ¿Quién no sabe que en las intenciones de cometer un simple delito cabe con frecuencia cien veces mayor perversidad que en la de cometer un crimen? ¿Quién puede decir, en fin, hasta qué punto el hombre es ó debe ser responsable de sus intenciones? ¿No son éstas muchas veces el resultado de fuerza mayor en el temperamento del culpable, en las circunstancias de su existencia, de su educacion, de sus sufrimientos, etc.?

No se puede dudar que la intencion aumente una circunstancia más á las agravantes; la aumenta, así para la sociedad como para la víctima del mal, por el temor natural de que se repita y sea objeto de especulacion de parte de los que le han consumado. Ciertamente, si el ladrón, por ejemplo, no temiera sino la restitucion de la cosa robada, no se contentaría suficientemente, y quizás ni poco ni mucho. Bajo ese punto de vista se comprende la absoluta necesidad de las penas, pues que se cree que previenen la repeticion del mal respecto á los que le han cometido, al mismo tiempo que la imitacion por otros. A nuestro parecer, ese debe ser su único objeto: la idea de que satisfacen, que rescatan todo por una especie de compensacion ó expiacion, nos parece profundamente hostil á las más sanas ideas de justicia; es mística y hace de la justicia algo parecido á lo sobrenatural. La idea de que las penas recaen sobre las intenciones para castigarlas, no puede conducir la legislacion criminal sino al sistema de Dracon, que castigaba todos los crímenes con severidad igual, juzgándolos todos dignos de muerte, ó á una mansedumbre excesiva, que dejara á la sociedad sin garantía contra la malevolencia.

Si las penas son esencial y exclusivamente preventivas, jamas deben librar al criminal de lo que se llama «responsabilidad civil»; es decir, que el criminal debe siempre á su víctima ó á los representantes de ella la compensacion posible del mal que ha hecho. ¿En virtud de que principio se le puede librar de semejante responsabilidad? No será ciertamente en virtud del principio de justicia, puesto que la responsabilidad es una ley natural de la justicia. ¿Se dirá que la responsabilidad desaparece por medio de la pena? Pues que, el mal causado por el crimen ¿desaparece por la pena que sufre el criminal? La legislacion que no tiene esto en cuenta cierra la puerta á la introduccion de reformas que podrian te-

ner un gran alcance; además, quita el interés de la sociedad en la acción de la justicia criminal, y convierte en piedad por los malhechores la justa indignación que deberían inspirar siempre. Hace aún más: aleja los testigos, y hasta las víctimas de un atentado, del cuidado, si es que no del deber, de ayudar á que la justicia oficial esclarezca los hechos; la legislación que así procede sujeta á los testigos para la instrucción y el juicio de los crímenes á tantas formalidades molestas, onerosas y vejatorias, que en ciertos casos se teme tanto ser testigo como acusado. He ahí por qué en general todos los testigos de un atentado se evaden y guardan silencio; de suerte que el crimen encuentra una verdadera complicidad en las disposiciones de la ley positiva, que deberían por el contrario asegurar la responsabilidad y prevenir la repetición. En cuanto á la víctima, es claro, razón de la manera siguiente: «No se me devolverá lo que se me ha robado; y además, me veré forzado á mil procedimientos, humillantes muchas veces, enojosos siempre y onerosos en extremo». Y dice al ladrón: *Anda con Dios, y ve á que otro te haga ahorcar*. ¿No sería posible combinar el sistema de seguros con la penalidad para amparar todos los intereses afectados por el crimen en todos sus grados, quedando siempre responsable el criminal ante los aseguradores? La cuestión merece ser examinada con detención.

Como todas las penas, la de muerte tiene un carácter puramente preventivo; pero substraer irrevocablemente el criminal á la responsabilidad civil, que la víctima ó sus representantes pudieran invocar contra él. Si la muerte del asesino pudiera volver la vida á su víctima, sería justa, y la mejor indemnización que se pudiera pedir al criminal, bien que no compensara todos los daños que hubiera ocasionado: pero en semejante caso, como en muchos otros, se tomaría del deudor todo lo posible. No sucede eso desgraciadamente. ¿Se olvida por ventura completamente que se debe una compensación á la familia de la víctima? No lo creemos; sin embargo, la pena de muerte no da esa compensación; por el contrario, la hace irrevocablemente imposible. Además, como todas las penas también, no es justa, puesto que no es la atribución á alguno del resultado de sus actos libres. Si fuera justa no se podría, no se debería pedir su abolición; tiene, pues, únicamente el carácter exclusivo de garantía, dada á la sociedad contra la repetición

del mal cometido por el asesino; el cual la justifica, al parecer de muchos, y nosotros reconocemos que es cuestión de suma gravedad. Hace unos veinte años que se abolió esa pena en un país regido republicanamente, y ha sido preciso restablecerla en interés de todos, hasta en el de los criminales, á quienes por un acuerdo tácito entre la población y la policía, se mataba sin piedad á la menor señal de resistencia, cualquiera que fuera su crimen.

El ejemplo que citamos no es concluyente, sin embargo, porque se produjo en circunstancias especiales, que alteran considerablemente su alcance experimental. Sucedió en el Perú, donde la pena de muerte fué abolida por los años de cincuenta y tantos, y restablecida á los cinco ó seis después; pero poco antes de la abolición de esa pena se había pronunciado la de la esclavitud, que dejaba abandonados á sí mismos un gran número de desgraciados, para quienes el trabajo debía ser un objeto hasta cierto punto disculpable de resentimiento, por ver en la casta de sus antiguos amos, más bien un ejército enemigo que les concedía una tregua, que una sociedad amiga que les abría los brazos. Además, la legislación peruana reemplazaba la pena capital por otra demasiado pequeña, por quince años de trabajos forzados. En fin, los criminales penados, en cualquiera grado, rara vez llegaban al término de su pena, porque estaban mal vigilados y se escapaban.

De cualquiera manera que sea, creemos que ni la legislación ni la sociedad deben olvidar que un crimen cualquiera promueve una cuestión de responsabilidad civil, á la cual por nada debe sustraerse al criminal. Este pertenece quizás más á su víctima ó á la familia de ella, en calidad de deudor, que á la sociedad en calidad de atentador contra las leyes de su tranquilidad y bienestar. De esa manera lo han comprendido las legislaciones antiguas. No queremos decir por eso que las víctimas de un crimen deban tomarse la justicia por sí mismas: pero creemos firmemente que la cuestión de justicia, propiamente dicha, promovida por el crimen, no se refiere sino á esas víctimas, y que la sociedad no debe intervenir en ella sino para asegurar la garantía contra la repetición del crimen y su imitación, ó en otros términos, para prevenir los crímenes y ejercer la función de juez, que nadie debe desempeñar en causa propia. En vez de separar esos dos intereses, que son solidarios, y de abandonar completamente el

primero, como se hace con frecuencia, sería mucho mejor combinarlos íntimamente. ¿Y quién sabe si de esa combinación bien entendida saldría la solución de los más graves problemas de la legislación criminal planteados por el espíritu moderno, en particular del más imponente y solemne, el de la pena de muerte?

B. ESCUDERO.

(Continuará.)

VIAJES

DE

EXTRANJEROS POR ESPAÑA Y PORTUGAL

EN LOS SIGLOS XV, XVI Y XVII

Introducción.

La descripción de nuestra patria por extranjeros ilustres, tiene siempre un atractivo especial para nosotros; y no es extraño, porque la experiencia misma nos enseña que atravesando comarcas ajenas, las más insignificantes circunstancias llaman nuestra atención, mientras las propias, apesar de escrupulosa observación, nos pasan desapercibidas.

Además, un viajero inteligente, antes de emprender su camino, se propone siempre algún fin, alguna idea que le sirve de base para la descripción de lo nuevo, y esta circunstancia le predispone no poco á ser todavía más investigador. Las comparaciones entre la vida privada y pública con la suya propia, sostienen su atención constantemente; de modo que la más modesta descripción de sus viajes, en la que bosqueja los acontecimientos contemporáneos, la vida social, costumbres, etc., es un precioso documento para los siglos venideros, y más de una vez dilucida varios puntos históricos, que sin este recurso quedarían embrollados ó yacerían en completas tinieblas. Motivado, pues, el deseo de buscar las producciones de esta índole, y más interesantes aún si nos vienen de lenguas de poco uso en nuestro propio país, ¿quién se figuraría en España ó en Portugal que un viaje de fines del siglo xv se publicase en un insignificante periódico de Silesia, en el año de 1806, con el título *Schlesien ehedem und jetzt*, cuyas hojas desaparecieron casi por completo, y que gracias á una casualidad se encontraron las que aquí sirven de traducción en castellano? El lenguaje algo tosco, entrecortado y vulgar, en

que están escritas, no permitió acaso á los contemporáneos su traducción al castellano. La misma causa se puede atribuir á otros tantos documentos que Levante produce y Poniente no conoce, y sin embargo no carecen de importancia para la literatura é historia.

Animado del deseo de rendir un modesto servicio á estos dos importantes ramos científicos, emprendí la colección de los VIAJES DE EXTRANJEROS POR ESPAÑA, escogiendo de entre ellos los siguientes:

1.º De Nicolas de Popielovo, verificado á fines del siglo xv.

2.º De Juan Dantiscus, embajador de Polonia en la corte de Carlos V á principios del siglo xvi (son correspondencias y relaciones).

3.º De Erych Lassota de Steblovo, militar al servicio del rey Felipe II, á fines del siglo xvi.

Y 4.º De Jacobo Sobieski, padre de Juan III, rey de Polonia.

Una breve reseña biográfica de cada uno figurará en su oportuno lugar.

Si estos cuatro autores mereciesen atención y aceptación en España, en este caso me ocuparía en coleccionar otros, particularmente en lengua polaca, muy poco conocida en el extranjero. Con seguridad se puede decir que la literatura histórica de Polonia no carece de importantes documentos desconocidos en otros países, y que son indispensables para aprovechar las recíprocas relaciones entre literatos é historiadores (1).

I

NICOLAS DE POPIELOVO

(NICOLAUS VON POPPLAU)

Año de 1484.

Nicolas de Popielovo fué un noble de admirable originalidad, de un humor siempre alegre y fantástico, dotado de una inteligencia

(1) El Sr. Liske ha recopilado estos cuatro viajes accediendo á las reiteradas instancias del traductor, animado éste del deseo de que se establezca recíproca y mutua correspondencia literaria entre España y los demás Estados europeos. Complácese, pues, sinceramente el traductor de ver ya realizado el principio de sus aspiraciones, y se apresura con este motivo á dar aquí público testimonio de gratitud al eminente erudito y sabio rector de la Universidad de Lemberg, miembro activo de la Academia de Ciencias de Cracovia, etc., el Sr. D. Javier Lis .

nvestigadora. Su cabeza parecía de fuego, y como le acompañaban fuerzas físicas de cuerpo, valor y extraordinaria destreza para manejar una larga y pesada lanza, la Silesia, su patria, muy pronto le pareció estrecha. Su ánimo aventurero no le dejó descansar; se lanzó, pues, al gran mundo; visitó el centro de Europa, luego su Poniente y Mediodía, y no sólo no se cansó de viajes tan dificultosos y lejanos entonces, sino que después de haberlos terminado, emprendió su camino al Oriente, en que encontró también su muerte.

Nació en Breslau, hacia mediados del siglo xv; la fecha exacta de su nacimiento se ignora. Su padre Gaspar, procedente de una de las antiguas familias polacas germanizadas, rico y noble, repartió su fortuna entre sus dos hijos, es decir, entre Gaspar y nuestro héroe Nicolas. Dónde recibió Nicolas su instrucción se ignora; mas no carecía de ella, porque manejaba el latín con gran facilidad.

En el año de 1473 cayó enfermo de mucha gravedad en Breslau; se repartió la fortuna entre los dos hermanos, en 20 de Julio, y Nicolas, sin esperanza de prolongar su vida, hizo sus últimas disposiciones. Volvió, sin embargo, á su completa salud de antes; entró luego en el servicio militar de Federico III, emperador de Alemania, mas no pudiendo resistir largo tiempo á su instinto aventurero, consigue cartas de recomendación de su soberano, y en 2 de Febrero de 1483 sale de la corte imperial, y emprende el camino de Viena á Inglaterra, Portugal, España y Francia. Pasa primeramente por Baviera, luego por Heidelberg á Coblenza, Bonn, Colonia, Maastric, Bruselas, Valenciana y Malinas. En esta última ciudad, encontrándose durante el Carnaval de 1484, se paró con su acompañamiento, que se componía de poca gente: hacía su viaje en un carro, y su caballo le seguía al lado: la enorme lanza, que nadie pudo manejar, descansaba colgada á lo largo de su vehículo; con ésta, en Malinas y delante de todos los habitantes, hacía torneos y juegos sorprendentes. Acaso fué esta ciudad el primer lugar, en la vida del señor Nicolas, que le gustó, porque quedó allí hasta mediados de la Cuaresma; luego pasó á Antverpia, y de Middelburgo á Inglaterra, donde el rey Ricardo III le recibió humanamente en su corte, cuyas costumbres bosqueja muy bien. En 5 de Junio de 1484 se embarcó para Portugal, y llegó á Santiago de Compostela en 21 de Julio del mismo año. Para evitar la repetición sobre su residencia en Portugal, de que tra-

ta él mismo, como se verá más adelante, me parece superfluo ocuparme aquí de este objeto; basta notar que en Portugal y España pasó su tiempo hasta el mes de Enero de 1485. Luego atravesó Francia y Alemania, y volvió á Breslau en el año de 1486.

Conocedor ya de Europa, siempre inquieto, concibe la idea de irse al Oriente, y hacer su viaje de Palestina. Comprendiendo que su nuevo viaje era más peligroso que los anteriores, dispuso en 4 de Setiembre de 1486 de nuevo de su fortuna, y dejó un testamento tan original como lo fué toda su vida. No era muy amigo del bello sexo, huía de él, como lo manifiesta en sus viajes él mismo, y por eso no se casó; y sin embargo, dispone en su testamento 16 marcas anuales, hipotecadas en sus dos casas de Breslau, á favor de pobre y piadosa gente que quisiera casarse y careciera de recursos para el sustento de su familia. Los motivos que le aconsejaron esta cláusula son completamente desconocidos.

Hechas ya sus últimas disposiciones, emprendió luego su viaje á fines del mes de Setiembre para la Tierra Santa, y después de innumerables fatigas y aventuras, en la vuelta á su patria, murió en la ciudad de Alejandría, en Egipto. La fecha de su fallecimiento se ignora.

Sus viajes póstumos comprenden los años de 1483 hasta 1486, escritos en alemán. El original no se ha descubierto hasta hoy día; pero existe su copia en la biblioteca de Santa Isabel en Breslau, que publicó el periódico intitulado *Schlesien ehedem und jetzt* en el año de 1806, cuyas hojas apenas se pueden encontrar en algunas bibliotecas de Alemania.

No obstante la curiosidad que ofrecen los viajes de Nicolas, cuya pluma y observaciones no se pueden confundir con las vulgares, en Alemania misma pocos hay que sepan algo de su existencia, acaso por haber publicado estos trabajos un diario de poca importancia.

Nicolas escribe con energía, sus observaciones no carecen de criterio, dice siempre la verdad como la entiende, y sin exageración; su estilo es sencillo, y algo alegre y rústico embellece sus cuentos y lleva al lector á creer que está presente él mismo á las escenas que su autor pinta unos 400 años atrás.

Tomando en consideración sus descripciones bajo el punto de vista político, pocas noticias presenta; mas en el bosquejo de cos-

tumbres, nos deja un cuadro admirable de aquellos tiempos de confusion y de absolutismo. Portugal y España á fines del siglo xv merecen sin duda ninguna la atencion de todos, y apesar de los numerosos documentos de la época que se poseen, creo que el viaje de Nicolas de Popielovo no estará de sobra.

VIAJE DE NICOLAS DE POPIELOVO

por

ESPAÑA Y PORTUGAL.

(Traduccion del aleman de fines del siglo xv.)

Llegamos á Sant Iago la víspera de Santa María Magdalena, en la ciudad de Compostella, á 1.000 millas (1). Esta ciudad se halla en Galicia. Al dia siguiente, desde Santiago (2), hice 12 millas alemanas á caballo hasta Nuestra Señora de la Barca, donde he visto un barco destrozado, hecho de pura piedra, con un mástil y una vela colgada, ambos de piedra. El mástil tendrá la altura de tres hombres, y su volúmen tres hombres apenas podrian abrazarlo. Sin embargo, yo y otros pudimos mover esta piedra con una mano, y esto parece un gran milagro.

En el mismo barco navegó Nuestra Señora. De esta nave de Nuestra Señora ó de la Barca, llegué hasta *Finis Terræ* (3), llamada por los ignorantes *tinieblas*. Cuatro millas alemanas; más adelante ya no hay tierra. Allí mismo se ganan indulgencias plenarias en la iglesia de Nuestra Señora, donde muestran tambien un brazo de San Guillermo. De este lugar volví á Santiago de Compostela, donde, entre muchas otras cosas, se me enseñó la cabeza de Santiago el Menor, así como de otros Santos y algunos restos de Santiago el Mayor, cuyo túmulo existe en la misma iglesia. He tocado tambien con mi propia mano el hierro del baston que le sirvió en sus viajes, y que tendrá un palmo de largo.

Luégo, próximo á un domingo, me fui unas cuatro millas alemanas á El Padron, donde he visto la silla en que se habia sentado Santiago, y otra tambien sobre una alta montaña donde predicó y donde se edificó una

pequeña iglesia. Abajo nace un manantial que Santiago hizo brotar con su baston.

El dia siguiente pasé á una ciudad llamada Muros, distante unas siete millas, donde encontré un barco refugiado de una gran tempestad, cuyos vientos le iban muy contrarios. Por este motivo tuve que comprarme un buen caballo de cinco coronas para que pudiese llevar mi bagaje, de tanto peso como yo.

Vine luégo á El Padron unas siete millas; despues hice seis millas á la ciudad de Pontevedra; tres á Redondela; cinco á la ciudad de Tuy, todas situadas en Galicia, y bajo el dominio del Rey de España. El dia siguiente navegué por el rio Miño desde la ciudad de Tuy hasta Valenza, que está enfrente, y que pertenece al rey de Portugal. El dicho rio separa la Galicia del Portugal. De Valenza llegué á Ponte-de-Lima, una ciudad, cinco millas hasta la ciudad de Barcellos; dos hasta Rates, un pequeño mercado; tres hasta un mercado llamado de Doxorres; dos hasta Port (1), la mejor ciudad en Portugal, con excepcion de la de Lisboa. Desde Port, en un barquillo que llaman carabela, vine á Lisboa, unas 60 leguas, en un dia más próximo de viernes, y despues del dia de San Lorenzo. En este trayecto corrí el más grande peligro; encontrándome á una distancia de tres millas de Lisboa, se levantó una terrible tempestad, poniéndonos á todos en un tal extremo, que los marineros y otros que sabian nadar, al ver desgarrada nuestra vela en dos partes, empezaron á desnudarse para echarse al mar; mas quiso el Todopoderoso colmarnos de su gracia calmando el viento.

La ciudad de Lisboa será tan grande como la de Colonia ó Lóndres de Inglaterra. De Lisboa á Satuber (2) hay seis millas. Allí encontré al Rey de Portugal. A la entrada, y en el portal de este lugar, conseguí un albergue con mis dos criados, en la morada de un zapatero. Los caballos alquilados volví á sus dueños.

Luégo mandé á uno de mis servidores que hablaba español al palacio para preguntar por el cocinero del Rey. Este cocinero era un flamenco, á quien los ciudadanos y negociantes de Lisboa me dirigieron para poder conseguir por su conducto una audiencia de Rey. Mi criado puso en conocimiento del cocinero que S. M. I. me mandaba á S. M. el

(1) Llegó en 21 de Julio de 1484. Las 1.000 millas cuenta acaso desde las costas de Inglaterra hasta Santiago.

(2) Es decir, en 22 de Julio.

(3) Los alemanes de aquella época hicieron de *Finis-terræ* «*Finstern*».

(1) Oporto.

(2) Setuval, ciudad portuguesa.

Rey pidiéndole se me asigne un albergue, y que diga todo esto al Rey. El cocinero encargó á uno de sus mozos para que me indicase una casa, en que colocarme. Un instante despues vinieron dos hombres del palacio con poderes de Real órden que tenian para repartir los hoteles entre los viajeros y para designar á cada uno su habitacion, y me suplicaron me retirase del mio, porque fuera de los apoderados del Rey, nadie podia disponer de una casa de huéspedes, ni á mi favor ni al de cualquiera otro. Al oír yo esto les supliqué el favor de anunciar mi venida á su Majestad; me lo prometieron, pero no volvieron más con la contestacion. Vino, por fin, un bufon de la Reina, á quien yo tuve por muy prudente; me compadeció viéndome sin albergue, y me llevó á uno que en Portugal llaman *Stallasum*. En estas casas vive cada uno por su dinero, bien ó mal. El cocinero vino por la noche á verme, le supliqué otra vez el favor de avisar á S. M. de todo lo ocurrido conmigo, y procurase se me designara una habitacion. Me prometió hacer todo, pero no volvió más á contestarme. El cocinero, como lo sé ahora, fué un aleman; tambien el bufon hablaba el brabant, y por eso tuvo compasion conmigo. Por la noche me llevaron á un cuarto en que dormí con mis criados. A medianoche entraron dentro muchachas alegres (1) con ladrones, y se echaron á gritar: «¿Quiénes son estos ladrones que duermen en nuestro cuarto?» Me hubieran despachado con mucho gusto, pero se calmaron, colocándose con nosotros y á nuestro lado en las camas, jugando á los naipes toda la noche; eso he oido y presenciado yo mismo. La misma ceremonia se repetia las noches siguientes, miéntras residia yo en aquella casa.

Al dia siguiente por la mañana se puso mi criado á preparar pescado, mas vino una vieja bruja y le separó la cacerola del fuego; pero el criado la volvió á su lugar. Entónces la vieja bestia, cogiendo un tremendo cucharón de madera, dió con él al criado un golpe, que el cucharón se partió en dos pedazos; con lo que se la quedó en sus manos, le dió otra vez en la cara, de modo que su hocico (2) y su nariz chorrearón sangre. Al ver yo esta escena, grité: «¡Por vida del... No la hagas nada; cógela las manos para imposibilitar sus movimientos». Ella, desembarazán-

(1) «Huren». expresion muy vulgar.

(2) Conforme al texto.

dose, sin embargo, agarró un hierro, y si mi criado no hubiera sabido evitarlo, se lo hubiera clavado en el vientre; se dió la vieja con él en la cabeza, haciéndose un arañazo como si fuera con un cuchillo. El posadero mandó al instante buscar á uno de la justicia, y exigió que se pusieran las cadenas á mi servidor. Antes de que lo llevaran á la cárcel, envié á otro servidor mio con un escrito para el Rey, comunicándole una humilde noticia de lo ocurrido, y de la recomendacion que yo poseia del Emperador, dirigida á su majestad el Rey, y con una súplica adjunta para que se dignase S. M. otorgarme una audiencia; y tuve que tomar esta medida, porque observé que, apesar de mis esfuerzos anteriores en este sentido, como lo he dicho ántes, nadie dijo una palabra al Rey de mí. Sin embargo, el Rey no llegó á contestar jamas á mi carta, porque mi servidor no se atrevió á encargarse de la comision. De suerte que tampoco, y en lo más mínimo, se habló en el palacio al Rey en favor de mi criado preso.

Pasados tres dias y tres noches de la prision de mi servidor, comprendí que si el Rey hubiese tenido alguna noticia de mí, no hubiera continuado así; me dirigí entónces yo mismo á la cancillería, donde supliqué á los nobles de la corte dijesen de mi parte al Rey una sola palabra para que me admitiese á su presencia. Mas no conseguí nada, apesar de que algunos eran entre ellos alemanes. Entónces me fui al juez y le representé lo que habia pasado entre mi servidor y la vieja bruja; prometió hacerme justicia despues de comer; mandó buscar á la vieja, deteniendo, sin embargo, á mi criado en la cárcel. Escuchó las explicaciones de la bruja en su lengua, que yo no entendia; las tomó por justas, y la despidió; rehusó escuchar mis razones en favor de mi servidor, sin admitir siquiera la propia defensa. Le pregunté luégo lo que pensaba hacer con mi servidor, y él, despidiéndome, me dijo que tenia que dirigirme al escribano para obtener la contestacion. Este me declaró que mandaria examinar otra vez la herida de la vieja para cerciorarse si era mortal ó no. Lo cumplió, y en mi presencia, delante de la justicia, la bruja fué examinada. El médico manifestó que la herida no tenia nada de mortal. Al ver yo que todos me abandonaban y despreciaban, tomé la resolucion de presentarme al Rey en las horas de su comida con mi otro servidor que hablaba

el frances. Apénas me apercibió el Rey, me preguntó por el conducto de un doctor si se me habia designado un albergue, añadiendo éste en nombre de S. M. que debia tener paciencia, y que despues de comer, el Rey me concedia su audiencia. Yo contesté que no tenía ningun albergue, y que no hubiera venido por este motivo á molestar la atencion de S. M., pero que venía por razon de mi mision en súplica, se dignase S. M. no tomar á mal que sin haber sido llamado me presentase delante de ella, y que una necesidad urgente me obligaba á dar este paso, porque no obstante muchas instancias mias, nadie me quiso anunciar, y me encontraba en la precision de presentarme como lo hacia. Enseguida me hablaron todos los cortesanos presentes de varias cosas, y yo, aprovechándome de la ocasion, no dejé de referirles el asunto de mi servidor. Muchos de ellos, al ver mi condecoracion, de que me honró S. M. I., me preguntaron si me la puse yo mismo, y esta circunstancia me dió á entender que aquellos señores poco habian visto en el mundo, porque ni siquiera sabian algo de lo que convenia á un caballero. Concluida la comida, el Rey mismo me llevó á su cámara. Allí hice mi discurso delante de él, que aceptó, como á mí mismo, con mucha gracia. En todo esto no hice mencion de mi servidor ni de mi albergue; mas el Rey, en su alta sabiduría, no ignoraba lo que ocurría: ordenó al instante la libertad del preso, me designó un albergue, y mandó que la vieja Isabel (1) con el mesonero y la mesonera, se llevasen á la cárcel; desde su real cámara me acompañó un doctor, maestro de los reales hijos, y tambien caballero, con asistencia de otros dos nobles, á otra casa de huéspedes.

Con este rey me quedé hasta las vísperas *Nativitatis Mariæ*. Por la mañana me despedí dél, colmado de favores, de un salvoconducto, y pasaportes por mar y tierra, y de 100 *crusados*, que hacen 100 ducados de valor. En todo el tiempo de mi residencia con él, mandaba llamarme siempre á su mesa y á su iglesia, y me honraba tanto, que á la mesa me hacia sentar constantemente á su lado, y en la iglesia me quedaba de pié al lado de su silla. Muy amenudo me pedia por sus doctores detalladas noticias sobre los reinos, reyes y príncipes que visité. Al despedirme me mandó recomendarle á S. M. imperial, al rey de Hungría, y al príncipe ó du-

(1) Jezabel, en la Escritura Sagrada.

que de Burgundia, y manifestarles su deseo de saber en qué podria complacerles, y suplicar que si mandasen sus Legaciones y embajadores á Roma, que éstos no dejen de preguntar siempre por la Legacion de su Majestad, y comunicarla noticias del estado, salud y felicidad de S. M. I., real y del príncipe, porque les deseaba todo eso, y de todo corazon, por la admirable resistencia contra los infieles, y lucha que sostenian con ellos. Además, que yo suplique á S. M. I., R. Majestad y al Príncipe, le manden por escrito sus noticias por conducto de un seguro portador, y por medio del rey de Nápoles, que sabrá de qué manera enviarle dichas comunicaciones; porque en Roma, me dijo, toda especie de gente se puede encontrar, que va á Portugal. Me prometió preparar cartas en Lisboa, destinadas para el Emperador, Rey de Hungría, y el duque de Burgundia, que yo debia entregarles, y casi todos los dias, cuando estaba yo con él, tenía otro doctor de intérprete. Algunas veces me preguntaba cada tres dias sobre lo que habia contado ántes para convencerse como un Rey de alta sabiduría de la constancia de mis palabras. El dia de mi partida me preguntaron algunos consejeros y poderosos del Rey si S. M. me dió algunos regalos; quisieron de esta manera tentar mi inteligencia, saber algo, y convencerse si yo despues hablaria mal de su Majestad. Les contesté que no habia venido allí con objeto de tener regalos, sino por conseguir la gracia de S. M. por toda mi vida. Á eso me miraron sin saber qué contestarme, me despidieron y se marcharon.

Despues de haberme despedido del Rey en Setuval, me fui á Lisboa, adonde llegué á medianoche. Enseguida, á mediodía, recibí la carta de un doctor, que me escribió por orden del Rey para que no me fuese de allí, y que esperase hasta despues de *Nativitatis Mariæ* las cartas que S. M. me prometió para el Emperador. El Rey de Inglaterra me hubiera dado dos jabalíes muertos, y S. M. queria regalarme dos moros vivos, con otras cosas. Entónces comprendí por primera vez la sabiduría del Rey, y la astucia de los doctores. Ellos dieron tambien orden en la casa de huéspedes, en el momento de establecerme en ella por el mandado real, que se me debia servir todo segun mi voluntad y gusto, prohibiendo, so pena de prision, la admision del pago de mis gastos. Pasados los tres primeros dias, pedí mi cuenta y quise pagar lo que debia; mas no se aceptó nada, y se me dijo

que los servidores de S. M. prohibieron aceptar cualquier retribucion que sea. Ocurrió eso porque ya me conocian bien, y sabian, es decir, el Rey y los suyos, con quién trataban, y su conducta conmigo fué de mucha prudencia. Verdad es que no pedia nada del Rey, pero tampoco rehusaba algo. Además, después de haber admirado el Rey y los suyos mi habilidad en el latin, se propusieron tentar mis otros conocimientos. Llegado á Setuval, donde estuvo S. M., vinieron á verme algunos caballeros y doctores, manifestando que S. M. desearia proveerme de todo, segun costumbre, si fuese menester. Les contesté que no soy de esos que vienen á S. M. por tener regalos; mas de aquellos que desean conseguir su consideracion, y como un verdadero caballero, visité tambien á otros reyes para alcanzar su gracia; además, dije, gracias á Dios, no me faltaba nada para mis gastos de sustento; por consiguiente, no buscaba ni presentes ni regalos, sino únicamente la consideracion de S. M., la cual me hará más feliz que todos los regalos reales. Después de haber dicho yo esto, callando se marcharon, como los que mencioné anteriormente. Hay portugueses dotados de mucha sutileza; sin embargo, no he encontrado á ninguno con quien hubiera podido compararme sobre este particular (1). En general, la nobleza, los ciudadanos y campesinos de Portugal se parecen á los de Galicia, es decir: groseros, tontos, incapaces de buenas costumbres é ignorantes, y esto apesar de su pretension de ser los más sabios; como los ingleses, que no admiten otro mundo igual al suyo.

Los portugueses son entre sí, y con su rey, excepto los señores, mucho más fieles que los ingleses; no son tan crueles é insensatos como éstos; en sus comidas y bebidas son más moderados, pero más feos de fisonomía; son de color moreno y pelo negro, se sirven de capas negras y largas que cuelgan por la espalda hasta abajo, como los agustinos; pocas mujeres tienen bellas, que parecen más hombres que mujeres, pero con ojos generalmente negros y hermosos; en amores son ardientes como las inglesas cuando necesitan íntima confianza; peinan sus cabezas sin exagerados adornos; el cuello cubren con un pequeño lazo de lana, ó con un pañuelo de seda. Dejan mirar libremente su cara, y llevan sus vestidos y camisas escotados de manera que se puede ver la mitad de sus pechos descubiertos. Desde el talle hasta abajo, llevan muchas faldas; por eso la

parte de detras de sus cuerpos parece hermosa y grande, como á una *Martinsgans* (1), y tan voluminosa que, de veras lo digo, no he visto jamas en el mundo cosa más grande. Son, generalmente, sensuales y tontas, lo mismo que los hombres, torpes para todo. La avaricia es la única preocupacion que las persigue de dia y de noche; no son tan bondadosas como las lombardas ó francesas. Las casas no están tan provistas de mobiliario y trastos domésticos, ni tan limpias como las de las expresadas naciones.

El rey de Portugal, con el nombre de Juan (2), es de mediana estatura, un poco más alto que yo. No cabe duda que entre todos los suyos él sólo es más sabio y virtuoso; no pasa de veintinueve años de edad, y en mi tiempo tenía un heredero suyo de nueve años, de cara inglesa, que se sentaba siempre en la mesa á su lado. Este rey tiene en su poder el reino de Portugal y Algarbia, el primero de esta parte, y el último de otra del mar, uno en Europa, y otro en África, llamado Berbería.

De Algarbia se traen los higos y uvas pasas á Brabante y Flandes. La parte más cercana del mar en África se llama, como se ha dicho, Berbería, y sus moros son blancos, *mauri* en latin, que en nuestro país llamamos paganos. En esta Berbería, el abuelo del Rey, tambien Juan, sitió la ciudad Ceta (Ceuta), situada en la proximidad del mar. El padre del Rey, D. Alfonso, sitiaba en la misma época tres ciudades cerca de la anterior: una se llamaba Tánger, otra Alcaçer, y la tercera Arzilis ó Arzilla; todas situadas cerca del mar. El actual rey, en su edad de seis á diez años, asistió con su padre á la expedicion en dichos lugares, de donde expulsaron á los moros sin exterminarlos, y establecieron una colonia de los suyos. En aquellas cuatro ciudades se guarda siempre tropa mercenaria con nobles, que están casi todos los dias luchando con los moros blancos ó paganos, cuyo Rey reside en Fez, y al cual arrebató el Rey de Portugal las referidas ciudades. El Rey de Fez expulsó á su hermano legitimo y natural heredero al trono; éste se quedó en la Berbería con algunos restos, ciudades y castillos, campeando constantemente con 40.000 hombres de caballería contra su

(1) Es un traje popular en Alemania, para hacer fiestas de gansos cebados.

(2) Juan II el Perfecto, rey de Portugal, nació en 3 de Mayo de 1455, y murió en 1495.

hermano de Fez. El Rey de Portugal le da auxilios por haberle permitido edificar dos castillos en el país, y el Rey de Fez, teniendo noticia de este negocio, vino con poderosas fuerzas para conquistar uno de estos castillos, llamado Anaphe; avisado su hermano á tiempo, previno al capitan del Rey de Portugal del peligro que le amenazaba, le mandó bueyes, vino, y todo lo que faltaba, hasta á su propio hijo con 200 nobles de auxilio y ayuda. Encontrándose dicho castillo en el terreno del rey legítimo, el de Fez lo invadió con formidables fuerzas, obligó á la huida á su hermano á otras partes, y se puso á sitiar el castillo; mató al capitan un flamenco con su arcabuz. Este desgraciado suceso asustó á los defensores, que, entregando de miedo el castillo, hizo pasar á cuchillo el Rey de Fez, con excepcion del hijo de su hermano, que cayó tambien en su poder. Enseguida mandó demoler y arrasar el castillo. Informado el Rey de Portugal de lo ocurrido, envió allí otra gente, que volvió á edificar el castillo, y establecer otra vez las relaciones con sus aliados. Sucedió esto en el año de 1451. Estos son los motivos por que el Rey de Portugal manda la construccion de muchos grandes navios, de los cuales yo he visto algunos en Lisboa. Se propone embarcar muchos miles de hombres, con otro tanto de caballos, trasladarlos á ciertos puntos de Berbería, y reunidos con la gente de su aliado, expulsar al usurpador de Fez, y apoderarse así de África.

El tio del Rey de Portugal se fué tambien á viajar por mar, en busca de islas y tierras, y estuvo en mis tiempos en los países de los moros, luchando contra ellos; de modo que hoy dia son en parte sujetos al Rey de Portugal. Se puede pasar tambien de África, y por las tierras del Rey de Fez, á los países de los moros. En las posesiones de los mismos estableció el Rey de Portugal dos castillos; con este medio, más tiempo queda allí, más se enseorea y más sujeta á los moros. Á aquellas comarcas se da el nombre de Guinea, y donde se saca mucho oro, y un sinnúmero de moros presos que llevan á Portugal. Además, el Rey de Portugal mandó establecer un castillo en el lugar de las minas de oro, las cuales le producen inmensos tesoros cada año. Se llama este castillo San Antonio de Minas, y dista unas mil leguas de Lisboa. Otro castillo llaman Argüin (1), que por mar se encuentra detras del ante-

(1) Isla de Africa en la costa occidental de Nigracia.

rior, á más de cien millas distante. Allí se apoderó de un monte (Mons Niger) que llaman Montenegro, y que produce especias casi en todas sus partes. Es además dueño de las islas del Océano; entre ellas, una se llama Madeira y otra Porto Sancto (1), distante á 170 legos ó millas. Producen mucho azúcar, pan, vino y frutas. Otra isla, Azores (2) llamada, que dista á 220 millas de las anteriores. Hay todavía siete más, unas tras otras, que producen un sinnúmero de grano y ganado. Existe aún otra isla, St. Jacobo (3), á unas 500 millas distante, con mucho azúcar, y con gente de tanta salud, que disfruta de muy larga vida; sin embargo, está expuesta á la lepra cuando come la carne de un pez que llaman tartaruga (4), y que se cria y vive tanto en la tierra como en el agua, porque es un pez muy grande, como un buey ó una vaca, cubierto de una concha, que sirve á la gente, despues de dar la muerte al animal, de escudo para defensa propia, y contra los enemigos. Además hay islas: una de San Antonio (5) y otra de Santo Tomás (6), á 1.300 millas distantes, en el Ecuador, donde se crian muchísimos pájaros, grano de paraíso (una especie de pimienta), marfil y otras cosas. El Rey tiene constantemente su gente en el mar para buscar más islas, y si se encuentra alguna de provecho, y con poco número de naturales, entónces se embarca á los presos detenidos en el país, ó condenados por robos, que trasladan allí, donde quedan por toda su vida.

Los portugueses son holgazanes, y no les gusta trabajar, y por eso no quieren hospedar á los indígenas, ni á los viajeros tampoco, para ganar dinero; son groseros, sin bondad, gente sin compasion, incluso la gente del Rey mismo. Estando yo en presencia del Rey, procedian conmigo tan groseramente, y me miraban tan descaradamente, que el Rey mismo con sus ojos, palabras y gestos los apartaba de mí, para poder dejarme libre. Entre todos ellos, él es solo y único señor de alto entendimiento. Al dar yo contestaciones

(1) Portus Sanctus en el Océano Atlántico, y en las costas de Africa al N-E. de la Madeira.

(2) Azores, á unas 220 leguas de Lisboa, que descubrió Gonzalo Bello hacia mediados del siglo xv.

(3) Isla de Santiago, la más grande de las del Cabo Verde.

(4) Tortuga.

(5) Es una isla de Africa la más setentrional, seis millas distante de San Vicente.

(6) Insula S. Thomæ, de Africa, en el mar Etiópico.

á las preguntas de S. M., volvian corriendo hacia mí para escuchar lo que decia, y para examinar mi traje y condecoraciones de que me adorné. El Rey, no pudiendo más con ellos, les mandó retirarse.

El Rey, como un señor de alta inteligencia, se contenta con cuatro ó cinco platos en su mesa; bebe únicamente agua sacada del pozo, sin azúcar ni especias, y se pasa sin otra cosa. El príncipe, su hijo, gasta vino mezclado con agua, come los mismos platos que su padre, pero en separado servicio. La servidumbre de la mesa, que sirve al Rey y á su hijo, se compone generalmente de diez individuos, que están de pié, segun órden, delante de la mesa, apoyan sobre ella sus manos y vientres, y el Rey, como un humilde señor, sufre estas groserías. Bajo la mesa, y á los piés del Rey, están sentados seis ú ocho muchachos, y á cada lado uno, para apartar de él las moscas, con abanicos de seda. Entre ellos reparte el Rey su primer plato de fruta, cuando no puede comerlo él mismo. Si no hay huéspedes á la mesa convidados, no se sirve de cuchillos; muerde con sus dientes, ó rompe con sus manos el pan, como el Rey de Polonia (1), aunque tuviese un cuchillo entre sus manos. El hijo del Rey se sirve de un cuchillo en la mesa. Se les sirve á ambos en platos y vasos ordinarios, como si fuesen príncipes de una corte de poca importancia.

En la época de mi tiempo con el Rey, estubo en la corte un príncipe, que quiso llevarme consigo á la reina, su hermana: á este ofrecimiento contesté que lo aceptaria bien, si S. M. el Rey permitia que yo viesse á su amantísima consorte, y que ese favor me sería muy agradable; mas sin permiso de su Majestad no convenia, ni sería de buena etiqueta una visita semejante.

En aquella corte existe una costumbre singular, de besar las manos del Rey. Yo no lo cumplia al principio, porque lo ignoraba. Varios cortesanos lo encontraron mal, y un doctor me reprendió severamente por esta falta ántes de mi discurso dirigido al Rey, y cuando de su mesa me llevó á su cámara, como lo dije más arriba. Despues de comer contesté á la reprension: que al presentarme á S. M. esperaba que me tendiese su mano, y no lo hizo. «Usted debe por sí

mismo tomar su mano, me respondió, y besarla.» «No he nacido en esta tierra, fué mi respuesta; ignoro las costumbres y la etiqueta de su corte; nadie me lo dijo ántes, ninguno de vosotros me lo enseñó. Si se tomase la mano de S. M. I. para besarla, ó de cualquier otro rey de nuestras regiones, y por su propia voluntad ó gusto, ántes de que el Rey mismo la tendiese, os tomarian por un animal. Yo he tributado todo el respeto debido á S. M., segun la costumbre de mi país, y como lo hice á S. M. I. No se besan las manos al Emperador. Por consiguiente, al esperar yo que S. M. tuviese á bien tenderme su mano, en lugar de apoderarme yo mismo de ella como un grosero rústico, no he faltado al respeto, si S. M. no me la tendió. Lo que en mi país es respetuoso, en otro muy amenudo es indecoroso, y recíprocamente. Por eso me parece que injustamente me reprendéis. Si á S. M. agrada, no sólo las manos, sino tambien sus piés besaré.» Entónces el doctor guardó silencio, y no supo qué contestarme; los cortesanos empezaron á reprenderle, diciendo que le dije la pura verdad.

El sábado ántes de marcharme de Lisboa, el Rey me mandó por su propio portador unas cartas dirigidas al Emperador, Rey de Hungría, como me lo habia prometido en el instante de su despedida, recomendándome las guarde con cuidado, y las entregue á quien corresponda; estas cartas y la órden del Rey para esperarlas, atrasaron mi viaje. El tesorero recibió tambien una real órden de comprarme dos de los mejores moros que se encontraran, y regalármelos á nombre de S. M.; se cumplió esta órden. Se me concedió la libertad de escoger entre unos cincuenta, que acabaron de llegar en un barco unos ocho dias ántes. Se pagaron en mi presencia 60 *crozatos*, ó sea 60 ducados. Los mandé vestir inmediatamente, porque estaban desnudos, como Dios los hizo; no trajeron de su país nada, porque no necesitan vestirse á causa de los grandes calores; viven mezclados como animales, apesar del oro que les sobra. Si alguno compra una ana de tela, con ella se envuelve la cabeza, ó sus piernas, para que no se le vean sus negras pantorrillas (1), y á los que esto hacen, los tienen entre ellos por nobles y valientes.

Al portador de las cartas le di de propina un *crozado*. Tenia órden del Rey de no sepa-

(1) Poco pan se come en Polonia, y la antigua y evangélica costumbre de romperlo, siempre existe, aunque sin rigor.

(1) Quinteles. dice el original.

rarse de mí hasta la entrega de los dos moros. Yo también escribí al Rey una carta dándole las más expresivas y humildes gracias por el regalo de los dos moros. Ahora quería emprender mi viaje; pero un viento completamente opuesto á mi dirección por la mar, me obligó á quedarme todavía algunos días en Lisboa.

Esta ciudad y capital tiene también paganos en sus alrededores, y de ella misma ocupan una parte; después de haberla conquistado los cristianos, aquellos guardaron, sin embargo, su castillo durante unos siete años: luego vino un entendimiento entre los vencedores y vencidos, de manera que se dejó á los últimos un barrio, en que sin molestia ninguna pueden vivir y edificar sus casas, y donde existen hasta el día presente.

Los cristianos de Lisboa y Portugal, así como los de Galicia, emplean mucha arcilla, al estilo de los paganos, en la construcción de sus edificios: las cabezas envuelven de pañuelos blancos de lana en sus viajes y ponen encima un sombrero ancho. Muchos viven únicamente de pan y agua, montan los caballos en sillas con muy cortos estribos, y las sillas, frenos, estribos y espuelas las fabrican de la misma manera los cristianos que los paganos. Unos tienen sus monturas plateadas, y algunos doradas. Sus mejores caballos proceden de las comarcas paganas, y se llaman potros. El empeño entre ellos consiste en más lujosos frenos, que pagan á precios elevados.

El día de las vísperas de la Exaltación de la Santa Cruz (1), el Rey de Portugal, en la ciudad de Setuval, mató al duque D. Pedro de Viseu (2), hermano de la reina, el mismo que quería presentarme á su hermana. El duque, de la real estirpe de Castilla, á la edad de veinte años, con el auxilio de sus cómplices, meditó un asesinato en la persona del Rey; mas éste previno el caso. El año pasado próximo, el actual Rey, antes ó poco después de Corpus Christi, mandó degollar á un poderoso príncipe, pariente del duque; fué también cómplice en el proyecto de asesinar al Rey y entregar el trono al mencionado duque don Pedro de Viseu, estrangulado, como he dicho, con las propias manos del Rey. En conclusión de estos sucesos, no puedo aprobar ni alabar

de manera alguna los permisos é indultos que concede el Santo Padre Papa, para que se hagan enlaces entre los parientes próximos, porque raramente se puede evitar que el demonio no meta también su zizaña en este negocio.

El Rey mismo de Portugal es también de sangre y estirpe de los reyes de Castilla. La voz general de Lisboa, digna de fe, pretende que no se oyó nunca que los naturales parientes del Rey de Portugal, ó sus súbditos, hubiesen conspirado contra él: únicamente este año se levanta la tempestad entre ellos; los malcontentos crecen en número, y puede ser que de eso estallen muchas otras desgracias.

Por la misma razón y en dicha época, el Rey mandó á la prisión á un obispo de Evora (1), conde de su familia, y á otros grandes del país que conspiraron contra su vida. Muchos huyeron; al obispo encadenado lo metió en una cisterna en que las aguas le subían hasta el pecho, y así se le dejó algunos días. Cediendo á las instancias, suavizó esta dura cárcel, pero á condición que le descubriera la verdad; dió orden de quitar el agua de la cisterna, y colocar una cama dentro, concediéndole también alimentos. El obispo declaró entonces públicamente que más de sesenta nobles y grandes señores, con él y con el difunto príncipe, se entendieron para asesinar al Rey.

Al día siguiente ó poco después de esta confesión, el Rey dió gracias á Dios Omnipotente en presencia de toda su corte é hincado de rodillas, por haberle salvado del peligro de la muerte; entre otras cosas dijo en esta ocasión: «Tengo vergüenza, y me es preciso callar en vuestra presencia el gran número de mis traidores». Mandó al instante á Lisboa, en tiempo en que yo estaba todavía allí, una severa orden á todos los habitantes, para que hagan públicas procesiones y estaciones en gracias á Dios por la victoria que le concedió sobre su enemigo. Yo mismo, y con mis propios ojos, he visto esta procesión; lo demás del suceso con el obispo me lo contaron personas dignas de fe en Lisboa, que volvieron de Setuval. Algunos cortesanos afirmaban haber estado presentes á lo ocurrido; mas en sus cuentos no estaban conformes. Se dijo por el clamoreo universal que el Rey fué prevenido á tiempo de que el día de su vuelta al alcázar, castillo ó á la ciudad en un barco,

(1) El 13 de Setiembre de 1484.

(2) Von Vesens. Si es así, los que designan la fecha de 22 de Agosto como día de la muerte de Viseu, se equivocan.

(1) D. García de Meneses.

debía caer víctima de los conjurados; pero llevó armas ocultas bajo su vestido, llamó al príncipe y le presentó las cartas que escribió á sus cómplices, y agarrándole luégo con una mano, le hundió con otra su puñal en el pecho. En el instante mismo, acudieron dos individuos ocultos en la real cámara, le traspasaron el lado derecho é izquierdo. Otros pretendían también que el príncipe primero echó sus manos sobre el Rey, diciéndole: «Ahora quiero ver quién de los dos lucha mejor», y el Rey, arrancándole el puñal levantado, se lo hundió en el cuerpo. En todo caso, aunque el príncipe hubiese podido conseguir su intento, no hubiera podido herir á su víctima, porque tenía una malla bajo su traje.

Se me dijo también que la reina, al saber la muerte de su hermano, se arrancaba los cabellos, torcía sus brazos, y prorrumplía en gritos y sollozos desesperados. Informado el Rey, la amenazó, si continuaba así, de envolverla en la misma causa de traición de su hermano, y entonces se quedó quieta.

También se decía que las referidas islas, no obstante que hubiesen sido tomadas á nombre del Rey, pertenecían al difunto príncipe y le pagaban grandes sumas.

Finalmente, preguntó el Rey al Papa sobre el obispo preso, y pidió el consejo sobre la suerte que tenía que darle. A los demás cómplices entregó en las manos de los tribunales y mandó que les juzgasen según la ley. Si hubiese seguido lo mismo con el príncipe, hubiera sido para él más digno y mejor.

En vísperas de San Mauricio (1) me marché de Lisboa por mar, y llegué con los míos á Algarbia, donde se cultivan las grandes y tintas uvas, y adonde para comprarlas vienen los negociantes de Flandes y otros lugares. Desembarqué á 50 millas alemanas de Lisboa, en una ciudad Lagos (Lagos) (2). Las millas se llaman *legos*, como se ha dicho ya, y valen tanto como las millas alemanas.

Al llegar hasta la montaña de San Vicente, se levantó una tempestad tan espantosa, que nos puso en peligro de perecer todos. A la misma montaña vino San Vicente en un pequeño barco, y le edificaron allí una iglesia, en que se hacen grandes milagros; su cuerpo descansa, sin embargo, en Lisboa. Dos cuervos (3) vuelan siempre delante de

los peregrinos para mostrarles el camino de la iglesia. De allí hasta Lagos cinco millas, llegué á Nova Villa (1) á pié, después cabalgué á Farao (Faro) nueve millas. El rey Faraon, dicen los vecinos de esta ciudad, habrá tomado su nombre de aquel lugar. De Farao seguí á Tavilla (Tavira) cinco millas. A una distancia de dos millas ántes de llegar á esta ciudad, no se ven más que higueras y olivos, y en su mayor parte higueras tan espesas como una selva, de modo que, hasta venir á las puertas no se presenta á la vista del viajero. En aquella plaza encontré á muchos negociantes de Flandes haciendo compras de uvas é higos.

J. LISKE.

Traducción de F. R.

(Continuará.)

POETAS CONTEMPORÁNEOS

DON GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

Aunque parezca descortés y hasta irreverente dar comienzo á la semblanza de un poeta con una apología de la prosa, tengo razones poderosas para escribirla, y la he de escribir, si en ello hubiera de irme la fama de atento y comedido. No la escribo porque tenga en aborrecimiento el verso; que el hecho mismo de consagrar mi pobre ingenio al estudio de los poetas, dice bien claramente lo contrario. Tampoco porque juzgue, como algunos, que es el verso un lenguaje propio de la infancia de los pueblos y opuesto á la gravedad de nuestra época, y que ha de llegar un día en que desaparezca totalmente. Para mí el verso es y será eternamente el lenguaje genuino de la poesía. Y cuenta que lo dice un hombre tan pudoroso en esta materia, que para él las columnas de *La Ilustración Española y Americana* son selvas vírgenes donde nunca ha osado poner el pié: incapaz, por consiguiente, de meterse con nadie ni de escribir un mal soneto, á no ser que le hurguen mucho y de mala manera: en cuya fe quiere vivir y espera morir. Mas el verso, como todas las grandezas de la tierra, no ne-

(1) En 21 de Setiembre de 1484.

(2) «Lacobrica» en latin, antigua villa cerca del mar á 48 leguas de Lisboa.

(3) Nuestro viajero no dice nada, si los ha visto ó no.

(1) Villa Nova, cerca de Lagos, en el cabo de San Vicente.

cesitan apologistas, que ellas mismas, por el hecho de existir, pregonan su excelencia; mientras la prosa, la prosa vil, al tenor de las causas malas, necesita campeones que salgan á su defensa. No es bizarro el que ahora se presenta, pero sí bastante cazurro, y ha de suplir, ciertamente, con zancadillas y trazas de mala ley lo que le falta de arrojo. Mucho cuidado con él.

La prosa no es muy bonita, debo confesarlo, pero no me nieguen ustedes que es muy expresiva. Tiene las facciones abultadas é incorrectas, le falta majestad y dulzura en los movimientos, es áspera, indómita y arisca: todo lo que ustedes quieran, pero no me nieguen ustedes que es muy expresiva. ¡Oh, sí, es muy expresiva! El alma se ve pronto por sus ojos grandes y oscuros; en sus posturas descuidadas y caprichosas, en sus movimientos desordenados y bruscos, en sus arrebatos y en sus desmayos, hay á veces mucha gracia. Y luégo, ¡tiene unas salidas! Nunca puede estar tranquila ni caminar con paso medurado y sereno. A cada instante se siente acometida por la necesidad de alargarlo ó acortarlo. Viene un período amplio, terso y sonoro, de esos que piden á todas horas los pseudo-clásicos, sin saber lo que piden; en pos de él, otro breve y palpitante como el corazón que lo dicta. Aparece uno suave y almibarado, como el requiebro de un adolescente, y á toda prisa surge detras otro seco y áspero que le deja cortado. La prosa, en fin, odia de muerte la monotonía, y procura demostrárselo en cuantas ocasiones se le presentan. Quizas por eso se eleva rara vez al cielo. El cielo es hermoso, pero es monotonó.

Mas si no consigue volar por el cielo sereno y límpido, en cambio discurre admirablemente por la tierra. Alguna vez se mancha con sus lodos y se pincha con sus abrojos, pero sabe lavarse inmediatamente en sus claras fuentes, y curarse con el bálsamo de sus flores. No se desdeña de andar á pié por los parajes más escabrosos, ni penetrar en los lugares más humildes. Amenudo se la ve pararse ante un objeto ínfimo y despreciable, iluminándolo y describiéndolo con amor. A veces tambien, á semejanza del mar, sabe reflejar el azul del cielo. No se me oculta, sin embargo, que se la mira generalmente con desprecio. No se me oculta que al ver á la prosa entrarse por un hospital, por una fábrica ó por una taberna con la mayor frescura, y ponerse á referir cuanto allí ocurre,

por insignificante y hasta despreciable que sea, hay muchos que dicen pestes de ella, y se creen humillados al leer lo que juzgan indigno de toda atención. Sé de sobra que hay mucha gente para quien no existe ni puede existir arte alguno en la descripción del catre en que duerme un niño desamparado y pobre, ó en la de la faena de un rudo labrador, ó en la del tocado breve y sencillo de una costurera. ¡Ah! Tal vez se figura esa gente que no se encuentra á Dios más que en la sublimidad de la bóveda celeste poblada de astros luminosos, á cuyo lado el que habitamos no es más que un leve grano de arena. Si tal se figura, es que no ha mirado jamás en una gota de agua por el lente de un microscopio. Habiendo mirado, no dejaría de comprender al instante que es fácil llegar á Dios por lo infinitamente pequeño, como por lo infinitamente grande.

Tampoco la prosa carece de ritmo en absoluto. Su ritmo es mucho más hondo y arcano que el del lenguaje métrico, mas no por eso deja de existir. Un oído delicado lo percibe como blanda y recóndita música dentro de una selva oscura. ¿Quién osará negar el ritmo, el número y la armonía á la prosa de Cervantes, Fenelon ó Manzoni? No seré yo quien cargue con semejante responsabilidad. Lo que hay es que el ritmo de la prosa no es uniforme y continuo con el de la versificación. Los vientos del pensamiento lo agitan á su capricho y le hacen variar á cada instante de rumbo, sin darle jamás punto de reposo. La prosa, mejor que el verso, obedece á las insinuaciones del espíritu, dejándose llevar cual dócil pluma, unas veces por regiones serenas y tranquilas, otras por parajes revueltos y oscuros...

Pero basta ya de panegírico; que tal suma de perfecciones voy acumulando sobre la prosa, y tan devoto de ella me presento, que temo murmuren las malas lenguas.

Llego el instante, por mí bastante temido, de dar explicaciones sobre las causas que engendraron este inoportuno panegírico. Y á la verdad, si ustedes pudieran pasarse sin ellas, me alegraría en el alma, porque no tengo deseo alguno de manifestarlas. Mas ustedes no pueden pasar sin explicaciones, por más que la galantería les mueva á decir otra cosa, y aunque me pese, creo hallarme en la obligación de remediar su justa curiosidad.

¿Y por qué siento dar explicaciones? Dirélo de una vez; porque temo que estas expli-

caciones no agraden al Sr. Nuñez de Arce. Cuyo temor, si bien se nota, es más lisonjero que ofensivo para el Sr. Nuñez de Arce, puesto que si yo no le respetase y admirase muy de veras, á buen seguro que no me turbaria más ni ménos. Mas por desgracia, sé lo peligroso que es decir á una mujer hermosa que no es la más hermosa del mundo, ó á un poeta inspirado que no es el más inspirado de todos los poetas. Desde Homero hasta Revilla, no ha habido jamas poeta alguno que escuchase con calma una afirmacion parecida. Compadézcanse ustedes de mi situacion, y por Dios me den algunos alientos, que harto los necesito. Comienzo.

Reconozco, como tendré ocasion de mostrar en el presente artículo, muchas y notables dotes de poeta en el Sr. Nuñez de Arce; mas he dado en imaginar que las tiene aún más notables y sobresalientes de prosista.

En las cortas páginas que lleva escritas en prosa, he pensado reconocer casi todas las cualidades que distinguen á los grandes prosadores: flexibilidad, número, concision, elegancia, naturalidad, energía. Si se me apurase, tal vez llegara á decir que en el género histórico es donde pudiera alcanzar mayores lauros. Tengo la creencia de que si el señor Nuñez de Arce hubiese dedicado su pluma á la historia, dejaria oscurecidas, por lo que toca al aspecto literario, las glorias de todos nuestros historiadores, excepto Mariana. Y aquí me salta al encuentro cierta semejanza que hace tiempo he observado entre nuestro poeta y otro de la nacion portuguesa: Alejandro Herculano. A entrambos los caracteriza la austeridad del pensamiento, la virilidad y firmeza del tono y la sobriedad de la diction. Pero Alejandro Herculano, que no pasa de notable poeta, fué un eminentísimo prosista, el más eminente quizá de cuantos ha producido la Península Ibérica en este siglo, dejando, como es sabido, en la historia y en la novela monumentos perdurables del arte literario. ¿Sentirá ahora el Sr. Nuñez de Arce que le compare á Herculano?—Lo sentirá, estoy seguro de ello; y lo sentirá, porque la comparacion, como dicen los filósofos, sólo es exacta *en potencia*, dado que el Sr. Nuñez de Arce no ha querido hasta el presente mantener relaciones duraderas con la prosa. Respetando, como me cumple, su acuerdo en este punto, permítaseme deplorarlo, en gracia siquiera de la desgraciada defensa que de aquélla acabo de hacer. Y ya no necesito

decir más para explicar el raro modo de dar comienzo á este artículo.

Mas ya que me veo forzado á juzgar en el Sr. Nuñez de Arce al poeta y no al prosista (como fuera mi gusto), debo empezar declarando que ciertas cualidades que el Sr. Arce posee en alto grado, esenciales para el prosador, no lo son tanto en mi concepto para el poeta, á saber: la concision y la energía. Nada más frecuente, cuando se quiere ensalzar la musa del Sr. Nuñez de Arce, que apellidarla viril, como si con este adjetivo quedase hecha su apología por completo y no hubiese más que decir. Es más: hasta he leído juicios criticos en que se considera esta cualidad como la más alta y suprema que el poeta puede recibir del cielo. No lo entiendo yo así. ¡Medrados estaríamos si no hubiese más que virilidad y fuerza en la poesía, si el poeta hubiese de cantar por necesidad á todas horas asuntos ó temas viriles! Tanto valdria afirmar que, en el terreno metafísico, la belleza y la fuerza se confunden. Por fortuna no es esto cierto en ningun terreno. El elemento femenino ha jugado, juega y jugará un papel principalísimo dentro del arte. En la humanidad, la belleza no está representada por el hombre, sino por la mujer. Y la naturaleza, si es sublime en sus aspectos ó momentos terribles, bella no lo es más que en los de calma y sosiego, y en los lugares apacibles y amenos.

Tampoco hay que confundir la energía de la expresion, que es ingénita á todo el que se halla bien penetrado de un sentimiento, sea éste tierno ó viril, con la índole de los afectos que animan al poeta. Espronceda es más enérgico para mí en su *Canto á Teresa* que Quintana cantando el combate de Trafalgar. Y es porque, á mi entender, le tenian con más cuidado á Espronceda las liviandades de su querida, que á Quintana la derrota de la escuadra hispano-francesa.

Por lo dicho, y por algo más que me callo, no soy tan gran admirador como otros de los poetas viriles (cuando la virilidad reside en la naturaleza del asunto ó en el tono, y no en la mayor ó menor energía del sentimiento). Así que no doy la estimacion que aquéllos á la virilidad del Sr. Nuñez de Arce. Pudiera muy bien ser más viril que Adán, padre del género humano, y no tener pizca de poeta. Si lo es, y excelente, no lo debe á los temas viriles que elige para sus composiciones, ni al tono elevado que adopta para cantarlos, sino á su ingenio y fantasía.

En cuanto á la concision, cierto que es una dote que puede cuadrar bien á un poeta; pero no le es tan indispensable como al prosista. Conviene distinguir ademá la concision ó sobriedad de la frase de la precision y fijeza de los conceptos. La primera puede enaltecer las producciones de un poeta; la segunda no hace más que confundirle con el prosador. El verso es semejante á la música, y como ésta, sirve para expresar lo más vago, lo más delicado, lo más inefable de los sentimientos humanos. Cuando se le obliga á decir cosas que la prosa puede expresar tan bien ó mejor que él, á mi juicio, se le desnaturaliza. Esto hace en ocasiones el señor Nuñez de Arce. Algunas de las composiciones insertas en los *Gritos del combate* parecen escritas en prosa sonora y rimada, y semejan manifiestos políticos en verso, más que verdadera y limpia poesía.

¿Llevará, por ventura, la musa política el feo vicio del prosaismo? No lo sé; mas cuando echo la vista á los frutos que ha dado en este siglo dentro y fuera de España, me siento inclinado á pensarlo. Aunque fijemos nuestra atención en lo más selecto, por ejemplo, en Quintana y Beranger, yo encuentro el prosaismo (el prosaismo del concepto y del sentimiento, que es mil veces peor que el de la frase) cebándose sañudamente en un gran número de sus composiciones, por más que el primero aspire á disfrazarlo con la pompa y altisonancia del estilo, y el segundo con su sencillez y donaire. Me parece que en esto no hago más que seguir la opinion general, porque la fama de ambos poetas ha desmedrado notablemente con el tiempo. No quiero decir, sin embargo, que la política no pueda inspirar en ocasiones á los poetas grandes, bellos y atrevidos pensamientos, aunque sí imagino que la política antigua, entregada al acaso ó á los golpes de la fortuna y á la espontaneidad de las fuerzas individuales, servia mejor para el caso que la moderna, sometida casi por completo á una serie de reglas complicadísimas que la convierten en una maquinaria inflexible y monotoná. Padilla luchando á campo abierto en Villalar con el emperador Carlos V, es una figura poética; pero un general que se pronunciara hoy con unos cuantos batallones en favor de la *descentralización*, no lo sería gran cosa. Y es porque en el instante en que las ideas dejan de formar parte de nuestra vida, de nuestra alma, de nuestra carne, si pudiera hablar así, como en el caso de Padilla, para convertirse en abs-

tracciones, se deshace su encanto. El poeta no quiere abstracciones, sino figuras vivas, imágenes, algo visible ó palpable que infunda calor en su corazón y en su fantasía. El señor Nuñez de Arce ha caído en el mismo vicio que su maestro Quintana, y como él ha procurado velar lo descarnado y prosaico del pensamiento con la elevación y magnificencia del estilo. Esto no obstante, debo hacer una declaración que va á estremecer profundamente muchas orejas clásicas. Para mí, el discípulo posee más cualidades de poeta que el maestro. Está muy lejos de superarle, ciertamente, en la profundidad y grandeza del pensamiento, ni en el vigor y armonía de la elocución poética, pero le lleva ventaja en el calor y riqueza de la fantasía, que, por más que á ello se opongan los pseudo-clásicos, es lo que eternamente caracterizará al poeta. No manejará la lengua con tanto imperio y maestría, ni escribirá unos versos tan brillantes y audaces como los de Quintana, pero éste tampoco escribiría ni el *Idilio* ni el *Raimundo Lulio* de nuestro poeta.

No es sólo la política la que inspira al señor Nuñez de Arce, aunque sí le preocupa con exceso. Hay otro orden de pensamientos que le atraen, le alteran y le mortifican, como puede verse leyendo sus *Gritos del combate*; y son los del orden religioso. No me asombra. Las cosas de ultratumba nos traen alterados y revueltos á muchos que no tenemos nada de poetas. Hasta aquí, por consiguiente, el Sr. Nuñez de Arce no es más que uno de tantos. Conviene ahora saber si esta preocupacion constante de la mayor parte de los hombres en el día inflama su espíritu y le presenta nuevas y originales bellezas, pues es de lo que se trata.

Nuestro poeta se empeña en hacernos creer que su espíritu vive presa de la duda más cruel, que no puede deshacerse de ella, que en todos los parajes y ocasiones le acompaña y le persigue, etc., etc. Y á la verdad, lo que se vislumbra en las poesías del señor Nuñez de Arce no es un alma atormentada por la duda, sino un hombre descreído que echa ménos sus perdidas creencias. Esto, que hasta cierto punto es una falta de sinceridad, de la cual tal vez el mismo poeta no se dé cuenta perfecta, contribuye poderosamente á que tales poesías no hieran la fantasía ni conmuevan el corazón de quien las lee. Otra razón hay para que estas composiciones, bien entonadas, correctas y armoniosas, no nos hieran muy vivamente; y es que

los pensamientos en ellas esparcidos tienen más de científicos que de poéticos; son los pensamientos que se ocurren á un hombre de talento, y no á un poeta. El Sr. Nuñez de Arce no ha sacado partido del estado de incertidumbre ó de incredulidad en que necesariamente han de vivir los poetas de esta época. Byron, Schiller, Heine, Musset, Leopardi y otros varios, han creído, han dudado, han descreído. Todo esto se trasluce con bastante claridad en sus obras, aunque ellos muy rara vez nos lo digan concretamente. Y la enfermedad que les devora presta á su poesía diversas tintas ó colores, segun los estados por que atraviesa; unas veces oscuros y lúgubres, otras vagos y desvaídos, otras dulces y melancólicos. Pero siempre buscando la belleza con admirable instinto. Así que, para mí, sus figuras son mucho más interesantes y amables que la del señor Nuñez de Arce, el cual se revuelve airadamente contra su siglo y contra Voltaire, Darwin y todo el cortejo de filósofos modernos, á quienes achaca la culpa de que él no viva feliz y satisfecho. Es muy lamentable; mas para el arte es aún más lamentable que la duda ó el escepticismo no hayan logrado descubrir tesoros de más valía dentro de su espíritu.

Los defectos que dejo apuntados proceden, si no en todo, en gran parte al ménos, de que el Sr. Nuñez de Arce no está completamente en su cuerda en la poesía lírica. La índole de su ingenio y de su inspiracion es mucho más épica que lírica. Y si fuera permitido á un hombre humilde y desautorizado, como yo, invocar el auxilio de dos palabras tan augustas, diria que es más objetiva que subjetiva. Léjos de mí la idea de entrarme de rondon, por esto, en el dominio de las divisiones literarias. Entre todos los españoles que saben leer y escribir, no habrá otro ménos amigo de clasificaciones. Creo que las divisiones en el arte son como las que se hacen en el mar: tan pronto hechas como borradas. Pueden los retóricos á su antojo dividir el arte en géneros, á semejanza de los astrónomos que dividen el firmamento en zonas para mejor estudiar sus estrellas. Dios en el cielo y el poeta en el arte nunca tendrán en cuenta para nada tales divisiones. Mas una cosa es trazar clasificaciones, y otra determinar el carácter y naturaleza de la inspiracion de un poeta. A esto únicamente me dirijo cuando digo que el Sr. Nuñez de Arce es más épico que lírico.

Como poeta lírico, carece de aquella delicadeza y escrupulosidad con que los grandes modelos exploran todos los pliegues de su alma y sondan sus más profundos misterios; carece de aquella exquisita sensibilidad que les mueve de un modo irresistible á exhalar sus afectos. Pero en cambio su imaginacion viva y osada, su briosa entonacion y su maestría para describir y narrar, le están pregonando como un gran poeta épico. Así lo ha comprendido él mismo al cabo, decidiéndose á escribir algunos poemas que son los cimientos más seguros de su gloria. Entre ellos, dos, el titulado *Raimundo Lulio* y el que por un extraño capricho titula *Idilio*, compiten con lo más hermoso y selecto que este siglo puede ofrecer en poesía á los futuros.

El *Idilio* es una prueba más de que en la vida lo pequeño es muchas veces lo grande. Casi tantas como lo grande es lo pequeño.

¡Lo pequeño y lo grande! ¿Quién se atreverá á decidir sobre uno y otro? Cuando niños nos hacen llorar cosas que hacen reír á los hombres. ¿Me negareis que aquellas lágrimas son tan sinceras y tan vivas como todas las demas que se vierten en el mundo? Cuando jóvenes nos desesperan ó nos arrebatan de alegría ciertas cosas que los viejos desprecian. En cambio los jóvenes suelen mirar con soberano desden otras que preocupan á los viejos. Y si esto acontece en un mismo hombre, ¿qué no sucederá entre hombres diferentes? Preguntadle al comerciante de enfrente qué es lo que opina del ruido que hacen las hojas al caer ahora por Otoño. Preguntadle á un poeta qué juzga de la subida de los algodones. Preguntadle á una madre que ve á su hijo partir á la guerra, qué es lo que opina de la autonomía de los Estados. Preguntadle á un diplomático cuánto le preocupa el dolor de aquella madre. ¡Lo pequeño y lo grande! ¿Quién se atreverá á decidir sobre uno y otro?

El asunto ó tema del *Idilio* del Sr. Nuñez de Arce quizas será para otros muy pequeño; para mí es muy grande. La amistad cándida y pura de un niño y una niña que crecen bajo un mismo techo, trasformada por virtud de la edad y de cierta separacion en amor tierno y apasionado; el término fatal que la muerte viene á dar á este naciente amor: así es el tema en resúmen. He dicho que para algunos tal vez será pequeño, porque los hombres suelen amenudo burlarse de estos afectos ó pasiones de la adolescencia y llamarlos niñerías. Quizá tengan razon; mas ántes que yo

se la dé, precisa que me demuestren que los afectos ó apetitos que despues cautivan su alma valen más que estas niñerías. Que estos hombres pongan la mano en su pecho y me digan ingenuamente si á los cincuenta años de edad se sienten más nobles, más desinteresados, más valerosos, más compasivos y más prontos al sacrificio que á los diez y ocho. Que me digan tambien si los sustanciosos devaneos de la edad viril les han proporcionado más goces y menos remordimientos que los amores tontos y platónicos de la adolescencia. Así que me lo digan (y yo los crea), renunciaré de buen grado á parar mientes en tales menudencias. Mientras tanto, no extrañen ustedes que adore estas niñerías, considerándolas como flores que exhalan su fragancia, no sólo por los años en que viven, sino aún por toda la existencia cuando se guardan como preciosas reliquias dentro del corazon. Sigamos ahora con la niñería del Sr. Nuñez de Arce.

Aunque no tenga á la vista su precioso *Idilio*, y lo haya leído hace ya bastante tiempo, recuerdo muy bien todos sus detalles; prueba incontestable de que me ha impresionado fuertemente. Recuerdo aquella partida del estudiante novel á la ciudad, aquel caballo overo que aguarda á la puerta, aquella tierna despedida de la madre, la reprimida aunque no menos tierna del padre, y la triste y candorosa de la huérfana que ha sido su compañera; recuerdo su gozosa vuelta, sus inocentes recreos, aquel carro del vecino en que tornaba á su casa por la tarde; recuerdo aquella esquivez incomprensible para él de su compañera de la infancia; recuerdo aquella tarde en que á solas con sus pensamientos trepa al castillo derruido, y la magnífica descripción que el autor hace entónces de los campos de Castilla, la tempestad que le sorprende en aquel sitio y su fatal caída; recuerdo aquel rostro angelical que el estudiante ve siempre cerca de su lecho, y que apenas se pone bueno desaparece; recuerdo aquella delicada y naturalísima declaración de amor, las nobles promesas de la madre, la nueva partida, la nueva vuelta..... en fin, lo recuerdo todo, y todo me encanta hasta un grado indecible. Yo sé dónde está el secreto del hechizo que para todo el mundo tiene este poema. Sí, yo lo sé. No hay en él otro secreto que la verdad del sentimiento. Créanme ustedes: cuando un autor siente una cosa, tiene mucho adelantado para hacer sentir con ella á los demas.

De muy distinto modo, pero no con menos fuerza, me ha impresionado la lectura de *Raimundo Lulio*. Tratábase de un personaje tan insigne, y al mismo tiempo tan misterioso, que cuanto á él se refiera no puede menos de tener mucho interes y excitar la imaginacion. Raimundo Lulio es el faro que desde una isla del Mediterráneo esclarece las tinieblas de la Edad Media; tanto más admirable, cuanto que saca la luz de sí mismo como las luciérnagas. El siglo bárbaro en que tuvo la desgracia de nacer, no podía darle más que fe, pero una fe bárbara como él. Raimundo Lulio no cabia dentro de este siglo ni de esta fe, como lo prueban las quinientas proposiciones sacadas de sus libros, que el papa Gregorio XI condenó en Aviñon. Era un titan que soportaba con fatiga el Atlas del dogmatismo católico.

Lo que sirve de argumento al poema es un episodio de su vida, terrible hasta lo sumo, y tan dramático..... Pero ántes de pasar más adelante, necesito escribir una carta al señor Nuñez de Arce. Suplico á ustedes el favor de entregársela en propia mano y no leerla por el camino.

SR. D. GÁSPAR NUÑEZ DE ARCE.

Muy señor mio y de mi mayor aprecio: Si algo puede con usted la sincera admiracion, y aún el cariño que le profeso, acoja con indulgencia la respetuosa súplica, con honores de consejo, que voy á hacerle.

Por su propio interes y por el de la poesía española, que tiene en usted un tan ilustre representante, le ruego que cuando llegue el dia de dar á la estampa una nueva edicion de su *RAIMUNDO LULIO*, vea de modificar, emendar, ó para mejor hacer, suprimir la introduccion que le pone, dedicada «á un amigo de la infancia». Las razones que para desear tal supresion tengo, son las siguientes:

- 1.^a La introduccion me parece, á más de inoportuna, prosaica, y que no corresponde al tono inspirado y majestuoso del poema.
- 2.^a Las pestes que usted dice en ella de la ciencia me parecen indignas de quien se llama á renglon seguido «hijo de su siglo».
- 3.^a El supuesto de que Raimundo Lulio, desengañado de la ciencia, cuyo símbolo es Blanca de Castelo, dijo adios al mundo me parece falso. Lo que se saca de la vida de este varon, siendo tambien lo más lógico, es que, desengañado del mundo, buscó abrigo en la ciencia.
- 4.^a Aún concediendo que todo fuese cierto, nunca debió usted declarar que Blanca de Castelo es un símbolo. Estas declaraciones se dejan para los críticos, retóricos y demas gente menuda. El poeta debe amar los hijos de su fantasía como si fuesen de carne y hueso; por lo que son, y no por lo que pueden representar.

Perdóneme el atrevimiento; en gracia del afán que siento por no ver deslucida una joya de tanto precio. Y considere que convertir una figura hermosa y divina, como la de Blanca de Castelo, en una abstracción, es un sacrilegio casi tan grande como el de su amante al penetrar en el templo á caballo.

Suyo, devoto y afectísimo,

A. PALACIO VALDÉS.

Calificaba más arriba el episodio que se narra en el *Raimundo Lulio* de terrible y dramático. Así es, en efecto. El amor impuro y fogoso del protagonista recibe una lección tremenda, como venida de aquel cielo triste y severo de la Edad Media. El sacrilego jinete que penetra en el templo haciendo chasquear las herraduras de su caballo contra los mármoles sagrados; la airada muchedumbre que le recibe primero con sordo rumor y después le acosa por las calles; el lúbrico insomnio que le acomete más tarde; la misteriosa cita; la escena viva y exaltada en que la pasión del fogoso mancebo se desborda:

«Y estalló con sus cláusulas de fuego,
con su expresión incoherente y rota
por el halago, y la pasión y el ruego;

con ese dulce cántico que brota
al fecundo calor de una mirada,
y lleva una ilusión en cada nota;

con esa breve frase entrecortada
que, al morir en los labios, adivina
el corazón de la mujer amada,

música de las almas, peregrina,
que con suspiros trémulos empieza
y con vibrantes ósculos termina»;

el horror de que se siente poseído al contemplar el seno de su amada *carcomido por repugnante llaga cancerosa...* todo es sombrío y patético; todo está pintado con tal brio, con toques tan seguros y enérgicos, que nos hiere y nos conmueve profundamente. Causa verdadera maravilla la sobriedad de dicción con que está escrito este poema. Apenas huelga una sola palabra. Y, sin embargo, por un poderoso y casi inconcebible esfuerzo, todo está dicho, y todo está bien dicho. La fantasía del poeta es en esta ocasión como una lente, que ata y hace pasar los mil rayos del sol por un punto. El tono es grave y solemne, como conviene al narrador. Sólo un

gran poeta puede hacer hablar á un personaje como Raimundo Lulio, grande de por sí, y engrandecido además por el tiempo y el misterio, sin empañar el brillo que adquirió en nuestra imaginación.

Después de leer este poema, ¿quién no se convencerá de que el Sr. Nuñez de Arce no debe pulsar más cuerda que la épica? El rápido y majestuoso desenvolvimiento de la acción, la firmeza y dignidad de los caracteres, la verdad de las descripciones, aquel concebir osado y aquel decir grave y conciso, no dejan lugar á duda sobre este punto. Por esta vía debe marchar, y por ella confieso que ha marchado de algún tiempo á esta parte. Los últimos poemas que dió á luz son muy brillantes y hermosos. No obstante, el Sr. Nuñez de Arce, estoy seguro de ello, tiene fuerzas para hacer mucho más todavía. Quisiera verle acometer una empresa grande y digna de su inspiración; una empresa que le inmortalizara como al autor de *Fausto*, ó al de *Manfredo*. Los tiempos no se prestan á ello, bien lo conozco. Si tuviese la fortuna de escribir algo semejante, la crítica igualitaria que al presente se usa nunca le perdonaría el haber rebasado la línea de los Grilo, Blasco, Retes, Herranz, etc., etc. Las flores más bellas de su imaginación quizá serían roídas como avena ó paja; y si, por ventura, resultaba que el poema era un sí es no es más subjetivo ú objetivo de lo que le correspondiese de derecho, ¡ya le caía obra al Sr. Nuñez de Arce!

Con todo eso, no dejaré de aconsejarle que emprenda su poema. Demos que tenga muchos defectos, y que éstos no sean imaginarios, sino verdaderos y efectivos: si las bellezas que haya en él son dignas de la inmortalidad, inmortal será el poema con todos sus defectos. ¡Los defectos! Moratin encontraba el *Hamlet* atestado de ellos. Y sin embargo, ¡cuánto más vale dormir alguna vez como Shakspeare, que andar siempre tan vigilante y avisado como Moratin!

ARMANDO PALACIO VALDÉS.

WILHELM MEISTER

PRIMERA PARTE

AÑOS DE APRENDIZAJE

Libro tercero.

(Continuacion.)

El conde, á quien desde luego se lo comunicaron, fué acometido de indescriptible cólera. Trató este asunto de atentado espantoso, lo calificó de crimen de lesa tranquilidad del castillo, y mandó formar al bailío muy severa informacion. El vestido empolvado de blanco debia figurar como principal pieza de conviccion. Todo aquello que en el castillo tenía relacion con el polvo ó la harina compareció en el proceso, pero sin resultado.

El baron juró solemnemente por su honor que esta clase de broma le habia disgustado en verdad mucho, y que la conducta del conde no habia sido de las más amistosas, pero que habia sabido hacerse superior á aquello, y que no tenía la menor participacion en el accidente de que el poeta ó el libelista, como quiera llamársele, habia sido víctima.

Las idas y venidas de los extranjeros y el movimiento del castillo hicieron que se olvidase pronto el suceso, y el pobre favorito tuvo que pagar caro el placer de haberse adornado algunos instantes con las plumas de otros.

Nuestros actores, que representaban con regularidad todas las noches, y que estaban muy bien cuidados bajo todos aspectos, empezaron á alimentar pretensiones á medida que se les trataba mejor. Al cabo de algun tiempo la comida, la bebida, el servicio, el alojamiento, parecieron mezquinos á los comediantes; hicieron presente al baron, su protector, que se tomara más cuidado por ellos, y que les proporcionase, en fin, los placeres y las comodidades que les habian prometido. Sus quejas se hacian más ruidosas, y los esfuerzos que su amigo hacia para contentarlos eran siempre impotentes.

Guillermo, fuera de los ensayos y de las representaciones, se dejaba ver lo ménos posible. Encerrado en uno de los aposentos más recónditos, cuya entrada casi estaba permitida más que á Mignon y al arpista,

vivia y respiraba en el mundo de Shakspeare, no conociendo ni sintiendo ya nada de lo que sucedia fuera de él.

Háblase de encantadores que, por medio de fórmulas mágicas, evocan en sus celdas á multitud de espíritus de todas clases. Los conjuros son tan fuertes, que muy luego llenan todo el aposento, y los espíritus, reduciéndose hasta el límite del estrecho círculo trazado por el mágico, se agitan en torno de este círculo y por encima de la cabeza del maestro en una trasformacion perpetuamente giratoria. Cada rincon está atestado, cada cornisa ocupada. Hay huevos que se desarrollan desmesuradamente, figuras gigantescas que se reducen á las proporciones de un hongo. Por desgracia, el maestro en magia negra ha olvidado la palabra que debe hacer refluir á aquella marea de espíritus. Tal se hallaba Guillermo: sentia despertarse en él, con una energia desconocida, mil sensaciones, mil facultades de que hasta entónces no habia tenido ninguna idea, ningun sentimiento. Nada podia sacarle de este estado, y se incomodaba mucho cuando álguien venia á hablarle de lo que sucedia en el exterior.

Apénas paró mientes cuando le anunciaron que iba á haber una ejecucion en el patio del castillo, que se iba á azotar á un niño acusado de fractura nocturna, y que, vestido con el traje de peluquero, contariase verosímilmente en el número de los aporreadores. El niño negaba obstinadamente, y no podia castigársele legalmente por este crimen; pero se queria darle una leccion como vagabundo y soltarle enseguida; habíasele visto vagar desde hacia algunos dias por el país, pasar la noche en los molinos, adosar por fin una escala á la tapia del jardin y escalar dicha tapia.

Guillermo no veia nada de particularmente notable en este asunto, cuando Linda entró con precipitacion y le aseguró que el prisionero no era otro que Federico, que habia abandonado la compañía, y á quien se habia perdido de vista despues de su lance con el escudero.

Guillermo, que se interesaba por aquel niño, voló al patio del castillo, donde todo se hallaba ya pronto; porque el conde gustaba de que estas cosas se hicieran con solemnidad. Trajeron al niño. Guillermo se adelantó y pidió que se retardara un momento la ejecucion, porque conocia al niño, y podia dar algunos datos acerca de él. Costóle trabajo hacerse oír, y obtuvo permiso para hablar á

solas con el culpable. Este le afirmó que ni aun había oído hablar de un ataque en el cual hubiera sido maltratado un actor; que no había vagado en derredor del castillo, y no se había introducido en él de noche sino para buscar á Filina, cuya alcoba había conseguido descubrir al fin, y á la cual hubiera llegado ciertamente á no haber sido detenido en el camino.

Guillermo, que por el buen nombre de la compañía no quería revelar estas relaciones, voló en busca del escudero y le rogó que empleara su influencia con las personas y la casa para arreglar este asunto y libertar al niño.

Este hombre ideó, con ayuda de Guillermo, un cuentecillo: de cómo el niño había pertenecido á la compañía, se había escapado de ella, despues había querido reunirse y volver á entrar en ella. Con este fin había formado el proyecto de ir por la noche en busca de algunos de sus protectores é implorar sus buenos oficios. Por lo demas, declararon que siempre se había conducido bien. Las damas intervinieron, y le soltaron.

Guillermo se encargó de él; era el tercer personaje de esta singular familia, que Guillermo empezaba á considerar como suya. El anciano y Linda acogieron amistosamente al niño pródigo, y todos tres se unieron desde entónces para servir á su amigo y protector y procurarle una existencia agradable.

CAPÍTULO X.

Filina se insinuaba cada dia más con las damas. Cuando se hallaban reunidas ellas solas, la conversacion recaia generalmente acerca de los hombres que habitaban el castillo, y Guillermo no era el último de quien se ocupaban. Presto descubrió la astuta jóven que éste había causado profunda impresion en el corazon de la condesa; tambien referia respecto de él lo que sabia y lo que no sabia. Pero se guardaba muy bien de referir nada que pudiera ser interpretado en contra; elogiaba la nobleza de sus sentimientos, su liberalidad, y sobre todo su delicadeza en sus tratos con el sexo femenino. Respondia con prudencia á todas las preguntas que la concernian, y la baronesa, observando tambien la inclinacion creciente de su bella amiga, se regocijó mucho por este descubrimiento; porque sus relaciones con varios de aquellos señores, y especialmente en los úl-

timos dias con Jarno, no habian pasado desapercibidas para la condesa, cuya alma pura no podia ver semejante ligereza sin desaprobársela y hacer por ello cariñosos reproches á la baronesa.

De este modo la baronesa tenía, como Filina, un interes particular en acercarse á nuestro amigo á la condesa, y Filina contaba por la misma ocasion trabajar ademas por ella, é intentar ganarse de nuevo el afecto del jóven, que había perdido.

Un dia que el conde había salido de caza con el resto de la sociedad, y que no se esperaba á estos señores hasta el dia siguiente, la baronesa ideó una broma que entraba enteramente en sus aficiones. Gustaba disfrazarse, y aparecia con frecuencia, para sorprender á la sociedad, ya vestida de jóven aldeana, ya de paje ó de picador. De esta manera se daba aires de hada, hallándose en todas partes, y justamente allí donde ménos se la esperaba. Nunca se hallaba tan contenta como cuando, despues de haber servido á la sociedad y haber circulado mucho tiempo sin ser reconocida, acababa por descubrirse ella misma de una manera festiva.

Por la tarde mandó venir á Guillermo á su aposento, y como tenía alguna cosa que terminar, Filina se encargó de prepararle.

Al llegar, encontró en el aposento, no sin sorpresa, en vez de la noble dama, á la maliciosa jóven. Ésta le recibió con una especie de franqueza llena de decencia, que había estudiado desde hacía algun tiempo, y le obligó por esto mismo á ser en extremo cortés.

Empezó por bromearle acerca de la buena fortuna que le perseguia y que le traia en aquel propio momento á aquel aposento; despues le reprochó con una gracia exquisita la manera como la había tratado hasta el presente, se vituperó y se dispensó á sí propia, confesó que había merecido aquella acogida, le hizo un cuadro conmovedor de su situacion pasada, como ella la llamaba, y añadió que ella misma se despreciaría si no era bastante fuerte para enmendarse y hacerse digna de la amistad de Guillermo.

Este discurso sorprendió á Guillermo. No conocia bastante el mundo para saber que los seres ligeros é incapaces de corregirse son los que se vituperan con frecuencia más severamente y reconocen y deploran sus faltas con la mayor franqueza, por más que no tengan en modo alguno fuerza para abandonar el mal camino por donde les arrastra un

natural indomable. No podía, pues, permanecer frío ante la tierna pecadora. Púsose á hablar con ella, y ésta le enteró de que se proyectaba un singular disfraz, con el que se quería proporcionar una sorpresa á la bella condesa.

Él sintió sobre el particular algunos escrúpulos que no disimuló á Filina; pero la baronesa, que entró en este momento, no le dejó en la incertidumbre; le arrastró consigo, asegurándole que era el momento.

Empezaba á anoecer. Ella le condujo al guardaropa del conde, le hizo quitarse el vestido y endosarse la bata de seda del conde, le puso en la cabeza el gorro con la redecilla encarnada, le condujo al gabinete y le mandó que se sentara en su gran sillón y cogiera un libro; ella misma encendió la lámpara de plata que estaba delante de él, y le indicó lo que tenía que hacer y qué papel debía representar.

—Anunciarán, dijo ella, á la condesa la llegada imprevista de su marido, que vuelve de muy mal humor; ella vendrá, se paseará algunos instantes por el aposento, se apoyará en el respaldo del sillón, despues le pasará el brazo por la espalda y pronunciará algunas palabras.

Era preciso que representara el papel del marido todo el tiempo y todo lo bien que fuera posible; cuando al fin estuviera obligado á descubrirse, debía ser por extremo galante y atento.

Guillermo, bastante inquieto, estaba en su sitio, vestido con aquel extraño disfraz; el proyecto le habia sorprendido y la ejecucion se habia anticipado á la reflexion. Sólo cuando la baronesa se volvió á su aposento, fué cuando comprendió lo peligroso que era el puesto que habia aceptado. No se le escapaba que la belleza, la juventud, las gracias de la condesa habian hecho alguna impresion sobre él; pero alejado por su naturaleza de toda vana galantería, y no permitiéndole sus principios pensar en una empresa seria, se hallaba en este momento en una gran perplejidad. El temor de disgustar á la condesa, ó de agradarla más de lo conveniente, era igualmente grande en él.

Todos los encantos femeninos que habian influido sobre él en este dia se presentaban á su imaginacion. Mariana se le apareció con su bata blanca, y le suplicaba que se acordase de ella; las gracias de Filina, sus hermosos cabellos, sus maneras cariñosas, habian recobrado su imperio á consecuencia de su

último encuentro; pero todo volvíase á la vaguedad del alejamiento cuando pensaba en la noble, en la brillante condesa, cuyos brazos, dentro de algunos instantes, iba á sentir se rodeaban en torno de su cuello, cuyas inocentes caricias provocarían las suyas.

Seguramente no sospechaba de qué extraño modo iba á salir del apuro. ¡Cuáles fueron su sorpresa, su espanto, cuando la puerta que estaba á su espalda se abrió, y al echar furtivamente una mirada al espejo, reconoció al conde que entraba con una luz en la mano!

Vaciló un instante acerca de lo que debía hacer, si permanecer sentado, levantarse, escaparse, confesar, inventar una mentira ó pedirle perdon. El conde, que habia permanecido inmóvil en el dintel, se retiró y cerró silenciosamente la puerta. En el mismo instante acudió la baronesa por una puerta lateral, apagó la lámpara, arrancó á Guillermo de su asiento y le sacó del gabinete. El se quitó precipitadamente la bata, que volvió á ocupar su sitio de costumbre. La baronesa se echó al brazo la casaca de Guillermo y volvió á ganar con él su aposento, atravesando varias piezas, gabinetes y corredores. Despues de haberse repuesto un poco de su carrera, le contó que habia ido en busca de la condesa para anunciarle la falsa noticia de la vuelta de su marido. «Ya lo sé, le habia respondido la condesa; ¿qué habrá sucedido? Le he visto entrar por la puertecilla del castillo.» Espantada la baronesa, habia volado al aposento del conde para sacar de él al jóven.

—Desgraciadamente, exclamó Guillermo, habeis llegado tarde. El conde ya habia venido á su aposento y vistome sentado en su lugar.

—¿Os ha conocido?

—No lo sé. Me ha visto en el espejo, como yo le he visto á él, y ántes de que supiera si era él ó bien una aparicion, ya se habia marchado, cerrando las puertas tras sí.

La ansiedad de la baronesa aún fué en aumento cuando un criado vino á buscarla y le dijo que el conde se hallaba con su mujer. Se presentó allí con el corazón oprimido, y halló al conde enteramente tranquilo, más dulce y más amable en su lenguaje de lo que acostumbraba. No sabía qué pensar. Se habló de los incidentes de la caza y de la causa de su precipitado regreso. La conversacion no tardó en languidecer. El conde se puso silencioso, y la baronesa se quedó toda sobrecogida cuando él preguntó dónde estaba Guillermo y

manifestó deseo de que le mandasen llamar para que leyera alguna cosa.

Guillermo, que se había vuelto á vestir en el cuarto de la baronesa y se había tranquilizado un poco, obedeció no sin inquietud. El conde le dió un libro, en el que leyó sofocándose una novela romántica. Su voz tenía algo de indecisa y trémula, que por fortuna concordaba con el contenido de la novela. El conde hizo varias veces señales de aprobacion, le felicitó por la expresion que daba á su lectura, y concluyó por despedir á nuestro amigo.

CAPÍTULO XI.

Apénas había leído Guillermo algunas obras de Shakspeare, y la impresion producida era tan fuerte que no se encontró en estado de continuarla. Toda su alma se hallaba en movimiento. Buscó ocasion de hablar con Jarno, y no pudo darle gracias bastantes por los goces que le había procurado.

—Bien había previsto, le dijo éste, que no podríais permanecer insensible ante la superioridad del más extraordinario y del más admirable de los escritores.

—Sí, dijo Guillermo, no recuerdo que un libro, que un hombre, que circunstancia alguna de la vida haya causado en mí una impresion tan fuerte como la de esas preciosas obras que hoy conozco, gracias á vuestra bondad. Tomárase por obra de un genio celestial que se acerca á los hombres para enseñarles de la mas dulce manera á conocerse entre sí. No son poemas. Créese tener abierto ante sí el inmenso libro del destino, á traves del cual el huracan de la más agitada vida ruge, volviendo violentamente las hojas. La fuerza y la ternura, la violencia y la calma de esas obras me han sorprendido de tal manera, y de tal manera me han sacado de mi asiento, que me encuentro esperando con impaciencia el momento en que me halle en estado de continuar mi lectura.

—¡Bravo! dijo Jarno dando la mano á nuestro amigo y estrechándole la suya. ¡Esto es lo que yo queria! Y el resultado que espero no se hará aguardar ciertamente.

—Quisiera, respondió Guillermo, poder revelaros lo que sucede hoy en mí. Toda la presciencia del hombre y del destino que yo he entrevisto hasta el presente, y que, sin que me dé cuenta de ello, me sigue desde mi juventud, la encuentro revelada y desarrollada en las obras de Shakspeare. Parece que os revela los misterios, sin que, no obstante,

pueda decirse: Aquí ó allí está la clave del enigma. Sus hombres parecen hombres naturales, y sin embargo, no lo son. Esas creaciones misteriosas ó complejas se mueven como relojes cuyos cuadrantes y cajas fuesen de cristal; indican, segun su destino, la continuacion de las horas, y puédese sorprender cuál es el rodaje y el resorte que les hace andar. La rápida ojeada que he echado por el mundo shakspeariano me excita más que todo á progresar con paso más rápido en el mundo real, á mezclarme al oleaje de los sucesos que van á inundarle, con la esperanza de tomar algunas copas en el vasto mar de la verdadera naturaleza, y verterlas enseguida desde lo alto de la escena sobre mis sedientos compatriotas.

—¡Cuán gozoso estoy por el estado de espíritu en que os ve! exclamó Jarno golpeando con la mano la espalda de Guillermo, conmovido. No abandoneis vuestro proyecto de entrar en una vida activa, y apresuraos á aprovechar atrevidamente vuestros años hermosos. Si puedo seros de alguna utilidad, lo haré de todo corazón. Pero aún no os he preguntado cómo os hallais en esa compañía, para la cual no habeis nacido ni sido educado. Espero y veo, por lo demás, que no aspirais más que á separaros de ella. Nada sé de vuestra familia ni de vuestros asuntos domésticos; decidme sobre el particular lo que estimeis conveniente confiarme. Puedo afirmaros que los tiempos de guerra en que vivimos pueden ocasionar bruscos cambios de fortuna; si quereis consagrar á nuestro servicio vuestras fuerzas y vuestro talento; si no temeis el trabajo, y caso necesario el peligro, tengo en este momento ocasion para daros un empleo, que en el porvenir no sentiréis haber ocupado durante algun tiempo.

Guillermo no sabía cómo expresar su reconocimiento, y se apresuró á referir toda la historia de su vida á su amigo y protector.

Hablando de esta suerte habíanse internado en el parque, y llegaron al camino real que lo atravesaba. Jarno se detuvo un instante y dijo:

—Reflexionad en mi proyecto, decidíos, dadme vuestra respuesta dentro de algunos días, y concededme vuestra confianza. Júroos que aún es para mí un problema incomprendible que os hayais unido á semejante sociedad. He visto amenudo con disgusto y despecho que vuestro corazón se haya aficionado á un cantor ambulante y una criatura simple y desconfiada.

No había concluido cuando llegó un oficial al galope, seguido de un criado que llevaba un caballo de las riendas. Jarno le dirigió un caluroso saludo. El oficial saltó del caballo; se abrazaron y se pusieron á hablar, mientras que Guillermo, todo turbado por las últimas palabras de su belicoso amigo, se retiraba aparte para reflexionar. Jarno hojeó algunos papeles que le había presentado el recién llegado; éste se acercó á Guillermo, le dió la mano y le dijo con énfasis:

—Os encuentro en honorable compañía; seguid los consejos de vuestro amigo, y llenareis al mismo tiempo los votos de un desconocido que se interesa grandemente por vuestra persona.

Dijo, abrazó á Guillermo y lo estrechó con efusión contra su pecho. Al mismo tiempo llegó Jarno y dijo al desconocido:

—Todo anda á pedir de boca; parto con vos: de modo que podreis recibir las órdenes necesarias y estar de vuelta ántes de la noche.

Los dos montaron precipitadamente á caballo, abandonando á sus propias reflexiones á nuestro amigo, estupefacto.

Aún resonaban en sus oídos las últimas palabras de Jarno. No podía soportar el ver á aquellas dos criaturas, que tan inocentemente habían ganado su afecion; colocadas tan bajo por un hombre á quien estimaba. El singular abrazo de aquel oficial á quien no conocia le había impresionado poco, y no había excitado mas que por un instante su curiosidad y su imaginacion; pero el discurso de Jarno le había llegado al corazón; estaba profundamente agraviado, y al volver al castillo se desató en reproches contra sí mismo por haber podido desconocer y olvidar un instante la frialdad y la insensibilidad que se traslucía en los ojos, que hablaba en los gestos de Jarno.

—¡No, exclamó, tú te imaginas, cortesano apagado, poder ser un amigo! Todo cuanto puedes ofrecerme, no llega al sentimiento que me liga á esos desgraciados. ¡Qué felicidad el haber descubierto á tiempo lo que de tí puedo esperar!

Estrechó en sus brazos á Linda, que había salido á recibirle, y exclamó:

—¡No, nada nos separará, excelente criatura! La aparente sabiduría del mundo no me hará abandonararte ni olvidar lo que te debo.

La niña, cuyas apasionadas caricias rechazaba él habitualmente, se puso toda ale-

gre por estas inesperadas señales de ternura, y se colgó de él con tanta fuerza, que le costó grandísimo trabajo desasirse de ella.

Desde este momento observó más atentamente la conducta de Jarno, que no siempre parecía exenta de reproches; aun á veces le disgustaba bajo todos conceptos. Mucho sospechaba, por ejemplo, que la poesía contra el baron, que el pobre pedante había pagado tan cara, fuese obra de Jarno. Como éste había bromeado de esta aventura delante de Guillermo, nuestro amigo creía reconocer en ello la prueba de un corazón profundamente corrompido. ¿Qué cosa hay, en efecto, más odiosa que burlarse de un inocente cuyas desgracias se ha causado, en vez de procurar indemnizarle el daño? Fácilmente hubiera podido Guillermo provocar esta buena acción, pues una casualidad singular le había puesto sobre la pista de los autores de aquella alevosía nocturna.

Habían conseguido ocultarle hasta entonces que algunos jóvenes oficiales pasaban noches enteras con una parte de los actores y de las actrices en la sala baja del castillo viejo. Una mañana que se había levantado temprano, según su costumbre, entró por casualidad en la sala y halló á los jóvenes señores ocupados en singular tocado: habían disuelto creta en una escudilla, y pasaban esta pasta con un pincel sobre sus vestidos y sus calzones sin quitárselos: restablecían por este método expeditivo la limpieza de sus vestidos. Este procedimiento, que sorprendió á nuestro amigo, le trajo en seguida á la memoria el vestido del pedante empolvado y manchado de blanco; sus sospechas se confirmaron cuando supo que entre ellos se contaban varios parientes del baron.

Para cerciorarse más, propuso á los jóvenes un desayuno. Estuvieron muy animados, y contaron infinidad de historias alegres. Uno de ellos, sobre todo, que había estado durante algun tiempo empleado en el reclutamiento, no se cansaba de elogiar la destreza y la actividad de su capitán, que sabía atraer á toda clase de hombres y se las manejaba admirablemente para ganarse á cada uno según su carácter. Contó detalladamente que algunos jóvenes de buena casa, que habían recibido esmerada educación, se dejaban embarcar con promesas de empleos ventajosos, y se burlaba con gusto de los bobos, tan engreidos al principio al verse estimados y distinguidos por un oficial de mérito, bravo, inteligente y generoso.

¡Cuánto bendijó Guillermo á su buen genio, que le mostraba tan inopinadamente el abismo cuyo borde habia faldeado tan inocentemente! Ya no vió en Jarno más que un reclutador; el abrazo del oficial desconocido se explicaba ahora. Rechazaba los principios de aquellos hombres, y evitó desde este instante el tratar á cualquiera que llevase un uniforme. Hubiera recibido con alegría la noticia de que el ejército se ponía en marcha, á no temer el verse separado tal vez para siempre de su bella amiga.

CAPÍTULO XII.

Entretanto, la baronesa habia pasado atormentada varios dias por la inquietud y por una curiosidad que no podia satisfacer. La conducta del conde despues de la aventura era un enigma para ella. Habia cambiado enteramente de maneras; no se entregaba ya á sus burlas acostumbradas. Sus exigencias para con la sociedad y los criados, ya no eran las mismas. No más pedanterías ni modos imperiosos; estaba silencioso y concentrado; en fin, hubiérasele tomado por otro hombre. En las lecturas que amenudo pedía, elegía libros serios ó religiosos, y la baronesa temía que tras esta calma aparente ocultara un resentimiento secreto, el proyecto decidido de vengar el crimen que habia descubierto por casualidad. Decidió confiarse á Jarno; podia hacerlo con tanto más motivo, cuanto que estaba con él en relaciones que permiten no ocultarse nada uno á otro. Desde hacia algún tiempo, Jarno era decididamente su amigo; eran bastante prudentes para disimular ante el mundo ruidoso que les rodeaba su inclinacion y sus placeres. Sólo los ojos de la condesa habian descubierto esta nueva novela, y era muy verosímil que la baronesa trabajara por ocupar á su amiga, para escapar á los reproches indirectos que tenía que sufrira amenudo por parte de aquella bella alma.

Apénas la baronesa hubo contado la historia á su amigo, cuando éste exclamó riendo:

—¡El viejo cree ciertamente haberse visto á sí propio! Teme que esta aparicion le anuncie una desgracia, tal vez la muerte, y héle aquí convertido en flexible, como los hombres débiles cuando piensan en el desenlace, del cual nadie ha escapado ni escapará. ¡Estad tranquila! Como espero que aún vivirá mucho tiempo, aprovechemos al ménos esta ocasion para formarle tan bien, que ya no

será una carga para su mujer ni para sus gentes.

Pusiéronse, pues, así que se presentó momento favorable, á hablar á presencia del conde de presentimientos, de apariciones y de otros fenómenos de este género. Jarno hacia el incrédulo, su amiga igualmente, y tan bien lo hicieron, que el conde acabó por llamar aparte á Jarno, le reprochó el ser un descreído, y procuró demostrarle con su propio ejemplo la posibilidad y la realidad de esos cuentos. Jarno hizo como quien se sorprende, luégo duda, despues se convence; y durante la noche siguiente, rióse con su amiga de la debilidad de un hombre de mundo á quien un espantajo habia corregido de una vez de sus defectos, y que era tanto más de elogiar, cuanto que esperaba con resignacion una desgracia inminente, y áun la muerte.

—Difícilmente se hubiera resignado á las naturales consecuencias que hubiera traído esta aparicion, dijo la baronesa con su jovialidad acostumbrada, que le volvía así que su corazón se hallaba libre de un cuidado. Jarno fué recompensado ricamente, y forjaron nuevos proyectos para poner al conde aún más sumiso, y para avivar y fortificar la inclinacion de la condesa por Guillermo.

Con este fin contaron toda la historia á la condesa, que desde luégo se incomodó; pero desde este momento empezó á estar más pensativa, y en los momentos de quietud parecia pensar en la escena que le habian preparado y en proseguir su idea.

Los preparativos que se hacían por todas partes no permitían ya dudar que el ejército se ponía en marcha y que el príncipe trasportaba más léjos su cuartel general. Decíase también que el conde iba á abandonar sus tierras para volver á la ciudad. Nuestros actores pudieron prever lo que iba á sucederles, pero sólo Melina tomó sus medidas; en consecuencia, los demás no pensaron más que en coger al vuelo los placeres del momento.

Durante este tiempo, Guillermo estaba ocupado en un trabajo muy particular. La condesa le habia pedido copia de sus poesías, y este deseo de la amable dama era para él la más bella de las recompensas.

Un jóven autor que aún no se ha visto impreso, en semejantes casos pone grandísima atencion en sacar de su obra una copia limpia y elegante. Es, por así decirlo, la edad de oro del oficio de autor; créese trasportado á aquellos siglos en que no se trascibían

mas que las producciones de valor conservadas cuidadosamente por los más nobles espíritus; ¡y cuán fácilmente se cae en la conclusión viciosa de que un manuscrito perfilado es una producción de valor, digna de ser poseída y conservada por un inteligente y un protector de las artes!

Habíase anunciado una gran comida en honor del príncipe, que iba á partir en breve. Varias damas de las cercanías habían sido invitadas, y la condesa se había vestido temprano. Este día se puso un traje más rico de lo que tenía por costumbre llevar; su peinado era más exquisito; se había adornado con todas sus alhajas. La baronesa, igualmente, había hecho lo posible por vestirse con gusto y riqueza.

Filina, viendo que el tiempo se hacía largo á estas damas, que esperaban á sus huéspedes, propuso se mandara venir á Guillermo, que deseaba presentar sus manuscritos y leer además algunas bagatelas. Al entrar, se quedó deslumbrado por el buen semblante y la gracia de la condesa, que su adorno hacía resaltar más aún. Por orden de estas damas hizo su lectura, pero tan torpemente, que un auditorio ménos inteligente le hubiera muy pronto despedido.

Cada vez que miraba á la condesa, creía ver una chispa eléctrica saltar ante sus propios ojos; apenas podía hallar aliento para continuar su lectura. La bella dama le había gustado siempre, pero este día parecióle no haber visto nunca nada tan perfecto, y hé aquí, aproximadamente, el resumen de los mil pensamientos que cruzaban por su espíritu:

—¡Cuán locos son los poetas y los llamados hombres razonables que claman contra el adorno y el lujo, y quieren ver á las mujeres de todas clases vestidas de una manera sencilla y conforme á naturaleza! Vituperan el adorno, sin pensar que no es ese pobre adorno lo que nos choca, cuando encontramos una persona fea ó insignificante vestida de una manera suntuosa, ú original. Yo quisiera reunir aquí á todos los inteligentes del mundo, y preguntarles si querían suprimir alguna cosa de esos pliegues, de esas cintas, de esos encajes, de esos abofellados, de esas trenzas y de esas piedras brillantes; si no temerian áminorar la agradable impresión que nace tan desde luego y tan naturalmente en ellos. Sí, naturalmente puedo decirlo: así como Minerva toda armada salió de la cabeza de Júpiter, esta diosa me parece

haberse escapado toda adornada del cáliz de una flor.

La contemplaba amenudo leyendo, como si hubiera querido gravarse esta impresión para la eternidad, y leía á veces del reves, sin desconcertarse por ello sin embargo, aunque por costumbre se desesperaba por un error de palabra ó de letra, y consideraba en este caso su lectura como deshonrada.

Una falsa alarma que hizo creer en la llegada de los convidados puso fin á la lectura; la baronesa salió, y la condesa, ántes de cerrar su secretario, que se había quedado abierto, cogió un joyero pequeño y aún añadió algunas sortijas á sus dedos.

—Pronto vamos á separarnos, dijo ella con los ojos fijos en el joyero; aceptad este recuerdo de una amiga que nada desea tanto como vuestra dicha.

Al decir esto, cogió una sortija que contenía un escuson de cabellos trenzados colocado en un engarce de cristal y enriquecido con piedras finas. Lo ofreció á Guillermo, que no supo qué decir ni qué hacer, y permaneció inmóvil como clavado en el suelo. La condesa cerró su secretario y se sentó en el sofá.

—¿Y yo voy á irme con las manos vacías? dijo Filina arrodillándose á la derecha de la condesa. ¡Ved á ese hombre que tiene tantas palabras á su disposición cuando ninguna necesidad hay de ellas, y que no puede balbucear un pobre gracias! Ea, señor mio, cumplid vuestro deber, y si no sois capaz de imaginar nada hoy, imitadme.

Filina se apoderó de la mano derecha de la condesa y la besó con calor. Guillermo cayó de rodillas, cogió la mano izquierda, y la estrechó contra sus labios. La condesa pareció embarazada, pero no descontenta.

—¡Ah! exclamó Filina. Muchos adornos he visto tan bellos, pero no dama que los llevara tan dignamente. ¡Qué brazalete, pero también qué mano! ¡Qué collar, pero qué seno!

—¡Cállate, adúladora! dijo la condesa.

—¿Es ése el retrato del señor conde? dijo Filina, señalando un rico medallón que la condesa llevaba á la izquierda, suspendido á una cadena de valor.

—Entonces era mi novio, respondió la condesa.

—¿Tan joven era, pues, en aquella época? preguntó Filina. Sin embargo, sólo hace algunos años que estais casados.

—Es preciso poner esa juventud á cargo del pintor, replicó la baronesa.

—Ahí es un hombre hermoso, dijo Filina.

Sin embargo, continuó ella llevando la mano al corazón de la condesa, ¿no se ha deslizado nunca alguna otra imágen en este cofrecillo cerrado?

—Eres muy atrevida, Filina, exclamó ella; yo te he viciado. No me digas eso por segunda vez.

—¡Sentiré en el alma haberos incomodado! exclamó Filina levantándose y corriendo hacia la puerta.

Guillermo tenía aún entre sus manos la mano de la condesa. Miraba fijamente el brazalete que, con gran sorpresa suya, tenía trazadas en brillantes las iniciales de su apellido.

—¿Son verdaderamente vuestros cabellos, preguntó discretamente, los que poseo en este anillo?

—Sí, respondió ella á media voz. Despues reunió sus fuerzas y le dijo estrechándole la mano: ¡Levantaos, y adios!

—¡Mi nombre está escrito ahí! ¡Qué casualidad! exclamaba él señalando al brazalete.

—¿Cómo? exclamó la condesa. Es la cifra de una de mis amigas.

—Son mis iniciales. No me olvideis. ¡Vuestra imágen se conservará inefable en mi corazón! Adios; dejadme huir.

La estrechó la mano y quiso levantarse. Pero, así como en un sueño lo extraordinario nos embarga y nos sorprende, sin saber cómo aquello habia sucedido, se halló teniendo á la condesa en sus brazos, sus labios tropezaron con los suyos, y un beso recíproco les hizo gozar de esa felicidad que sólo saboreamos en la primera espuma que hierve encima de la copa del amor cuando la acaban de llenar.

La cabeza de la condesa se apoyaba en el hombro del jóven, arrugando los bucles y las cintas. Ella tenía los brazos puestos en derredor de su cuello, él la enlazaba con ardor, y le respondia estrechándola contra su corazón. ¡Oh! Semejante momento debia ser eterno, y maldito el destino envidioso que vino á interrumpir en tan dulce momento á nuestros amigos.

¡Cuál fué el espanto, el estupor de Guillermo, despertado de este sueño celeste, cuando la condesa se desasí dando un grito y llevándose la mano al corazón!

El se quedó estupefacto delante de ella; ella se cubrió los ojos con la otra mano y le dijo despues de una pausa:

—¡Alejaos, daos prisa!

Él permanecía siempre allí.

—¡Dejadme! exclamó ella. Y retirando la mano que le ocultaba los ojos, le dirigió una mirada indescriptible, y añadió con voz tiernísima: ¡Huid de mí, si me amais!

Guillermo habia salido del aposento de la condesa y entrado en su morada sin saber aún dónde se hallaba.

¡Desgraciados! ¡Qué extraño aviso de la suerte ó del destino les habia arrancado uno á otro!

GÆTHE.

(Continuará)

LA MAÑANA

(DE VICTOR HUGO)

MORITURUS MORITURÆ

Sobre los montes álzase de la mañana el velo,
Un sol naciente dora los viejos campanarios,
Y allá en las nubes únense con amoroso anhelo,
Como á la gloria se une la alegría,
Del bosque el primer canto
Y la primera luz del nuevo día.

¡Sonrisa luminosa que todo lo coloras!
Cuando mañana el hálito se apague de mi vida,
Verás los mismos pájaros cantar otras auroras;
Y un sol tan bello lucirá encendido
Sobre mi oscura tumba,
Envuelta en el silencio y el olvido.

Pero á otros horizontes mi espíritu llevado,
Un porvenir sin límites se ofrece á sus deseos:
Cual de noche sombría ó de un sueño agitado,
A una eternal mañana luminosa
Despertará mi alma
Bañada en claridad y más dichosa.

J. GARCÍA AL-DEGUER.

TEATROS. — No tenemos tiempo ni espacio para dar cuenta de un verdadero acontecimiento teatral que se ha verificado casi al mismo tiempo de entrar en prensa este número.

La reaparicion en la escena española de la eminente actriz Pepita Hijosa, que es el acontecimiento á que nos referimos, ha causado con justísima razon en el público de Madrid un entusiasmo que ha rayado en verdadero delirio.

La naturalidad, la intencion y el grandísimo talento artístico de Pepita Hijosa, cualidades que ha demostrado altamente en la interpretacion del papel de protagonista en la comedia de Lope «La niña boba», colocan á la inspirada actriz entre las eminencias de nuestra escena, y el Sr. Morales, al facilitar su reaparicion colocándola al frente de la notable compañía que actuará esta temporada en el Teatro de Apolo, ha prestado un inmenso servicio al arte y al público, y por ello le felicitamos sinceramente. Nos ocuparemos con más detencion de este acontecimiento.

El primer actor cómico Sr. Albarrán ha sido muy bien recibido por el público.

—El Teatro Español ha puesto en escena «García del Castañar», de Rojas, para la salida del Sr. Vico, con gran aplauso del público.

—En el Teatro de la Comedia continúa este año el favor del público tan constante como en los anteriores. Las comedias de Narciso Serra, puestas en escena para conmemorar su natalicio, han merecido grandes aplausos.